

BOLSILIBROS
BRUGUERA

 SERIE
**PUNTO
ROJO**

teléfono para un asesino

clark carrados



COLECCIÓN

PUNTO ROJO



CLARK CARRADOS

TELEFONO PARA UN ASESINO

Colección **PUNTO ROJO** n.º 410
Publicación semanal
Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES
CARACAS - MEXICO - RIO DE JANEIRO

Depósito Legal B 3.584 - 1970

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: marzo, 1970

© CLARK CARRADOS - 1970
sobre la parte literaria

© MANUEL BREA - 1970
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

- En Colección **BISONTE:**
1.155 — Tribunal secreto.
- En Colección **SERVICIO SECRETO:**
1.019 — ¡No me mates otra vez!
- En Colección **BUFALO:**
844 — El rey de los bandidos.
- En Colección **CALIFORNIA:**
676 — Bandera para forajidos.
- En Colección **COLORADO:**
538 — El orgullo del diablo.
- En Colección **KANSAS:**
588 — La larga sombra del ahorcado.
- En Colección **BRAVO OESTE:**
373 — La marca borrada.
- En Colección **PUNTO ROJO:**
400 — ¡Duérmete y muere!
- En Colección **SALVAJE TEXAS:**
717 — Misión de victoria.
- En Colección **ASES DEL OESTE:**
453 — Se vende una pistola.
- En Colección **ENVIADO SECRETO:**
118 — Sentencia para un traidor.

CAPÍTULO PRIMERO

La chica corría desesperadamente.

Era de mediana estatura. Con tacones bajos, incluso parecía pequeña.

De cuando en cuando, al pasar por una zona iluminada, su pelo rubio despedía un relámpago de luz dorada. Era la única nota de color en el conjunto de su figura.

Su vestimenta era hartó sencilla: suéter negro, de cuello alto, y pantalones del mismo color. El calzado era asimismo negro: zapatillas blandas, lisas, sin el menor adorno.

Algunas veces, volvía la cabeza.

Cada vez que esto sucedía, veía siempre la misma escena: dos tipos persiguiéndola con intenciones nada amables.

De repente, se metió en un callejón lleno de trastos viejos: barriles y cajones vacíos principalmente. Tropezó y cayó.

El golpe la aturdió momentáneamente. Apoyada con las manos en el suelo, escorzó la cabeza.

«Ellos» se acercaban ya cada vez más.

Parecían perros de caza persiguiendo a una presa.

—¡Por allí! —dijo uno.

—¡Se ha metido en el callejón! —exclamó el otro.

Sheila Pinkerton se puso en pie de un salto. Al hacerlo, tropezó con una pila de cajones y los derribó.

—¡Ahí está! —gritó uno de los perseguidores.

Sheila corrió varios pasos más. De pronto, alcanzó un montón de barriles y se escondió al otro lado.

Una cosa suave rozó su pierna derecha. El pánico invadió su ánimo momentáneamente.

¿Una rata?

En medio de su aturdimiento, Sheila oyó un suave runruneo. El gato se frotaba contra su pantorrilla amistosamente.

—Tiene que estar escondida por aquí —dijo una voz masculina.

—No podemos dejarla escapar —gruñó el otro individuo.

De repente, Sheila salió a terreno descubierto.

—Estoy aquí —anunció simplemente.

Uno de los perseguidores dejó escapar un sonoro resoplido de alivio.

—Menos mal —dijo.

—Nos has dado mucho trabajo —añadió el otro, acercándose a la muchacha.

El gato era negro. Por eso no lo vio en los brazos de Sheila, hasta que la chica lo hizo volar por los aires.

Sonó un agudo maullido de protesta. Mentalmente, Sheila dijo:

«Perdóname, gatito».

El felino cayó sobre la cara del individuo, maullando ferozmente, con todos sus pelos erizados. El hombre chilló de un modo horrible, al sentir que se le clavaban en la cara las uñas del animal.

—¡Ayúdame, Scaly! —chilló despavorido.

La muchacha empujó los barriles y los hizo rodar estruendosamente. El otro sujeto se abalanzaba en aquellos momentos sobre Sheila y los barriles lo atropellaron, derribándolo al suelo, en unión de su compañero. El gato, maullando coléricamente, escapó.

Sheila también escapó, pero en sentido contrario. De repente, al salir del callejón se dio cuenta de que ya no tenía otro refugio que el campo abierto.

Durante unos segundos, se quedó irresoluta. No sabía adónde ir.

De pronto, divisó unas luces no lejos de aquel lugar, a unos cien o ciento cincuenta metros.

Podía ser un refugio, pensó; y sin vacilar, echó a correr de nuevo.

Detrás de ella, sus perseguidores pugnaban por le—, vantarse.

—Mi cara —gimió el atacado por el gato.

—Vamos, levántate y corre —dijo el otro—. Si no le ponemos la mano encima, nos costará algo más que unos arañazos.

Sheila corría ya hacia las luces. Los dos individuos se quedaron parados; fuera del callejón no se veía absolutamente nada.

—¡Se nos escapó! —dijo uno de ellos con acento de desconsuelo.

En aquellos instantes, Sheila acababa de tropezar con una tapia de dos metros de altura. Retrocedió unos, pasos, tomó carrerilla, saltó y se agarró al borde. Luego se dejó caer al otro lado.

Una vez en la aliviadora oscuridad que reinaba al pie de la tapia, se sintió mucho más animada.

—¡Uf! —dijo para sí—. ¡De buena me he escapado!

Luego dirigió la vista hacia la ventana iluminada que se veía en la planta baja de la casa que tenía a menos de treinta pasos de distancia.

* * *

La hermosa morena soltó una risita.

—Eres tan hermosa —susurró el hombre.

Se oyó un tremendo estrépito en la habitación contigua.

Un jarrón caído al suelo y hecho trizas.

La morena se puso en pie de un salto.

—¡Mi marido! —chilló, despavorida.

Kelly respingó.

—¡Nancy, nunca me dijiste que estuvieras casada! —gritó.

—Él es muy celoso... me hace seguir por detectives privados a todas partes...

Una silla cayó al suelo en la otra habitación.

Aquello significó el golpe definitivo para la mujer. Lanzando un grito de pánico, agarró sus ropas y se lanzó a todo correr hacia la salida.

—¡Nancy, Nancy! ¡Espera! —chilló el hombre desesperado.

Ella no le hizo el menor caso. Abrió la puerta y, sin cuidarse de su casi total desnudez, se lanzó al exterior atropellando a dos hombres que se disponían a llamar a la puerta en aquel instante.

Scaly y su compinche cayeron de espaldas, con los pies por alto. Nancy continuaba gritando de terror.

Kelly no sabía adónde acudir. Al fin, decidió correr hacia la puerta.

Entonces vio a los dos hombres caídos en el suelo, pugnando por desenredar el fenomenal lío de brazos y piernas provocado por el empujón de la fugitiva.

Kelly se quedó atónito.

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó.

Ben Larimer se sentó en el suelo y le miró de hito en hito.

—¿Dónde está? —preguntó.

—¿Cómo? —dijo Kelly, sin salir de su sorpresa.

—¡Idiota! —gritó Scaly—. ¡Ha escapado! ¿Es que no la viste cuando salió de la puerta?

—Pero iba casi desnuda —chilló Latimer.

—Naturalmente, como que vino aquí para cambiarse de ropa y no le dimos tiempo. ¡Vamos, sigámosla!

Joe Scalimare, conocido por Scaly entre las gentes de su «profesión», y Ben Larimer, se pusieron en pie al mismo tiempo y echaron a correr hacia la salida del jardín.

Segundos después, se habían perdido de vista.

Kelly se rascó la nuca pensativamente.

—¡Que me ahorquen si lo entiendo! —dijo. Y de pronto, recordó las últimas frases de su bella invitada—: ¿Será verdad que está casada y que su esposo ha contratado a detectives para seguirla?

Un escalofrío recorrió su espalda.

Y entró de nuevo en la casa.

Entonces recordó el jarrón roto y la silla derribada.

—Ha sido ese granuja de «Sócrates» —dijo indignadamente—. «Sócrates», «Sóooocrateessss»... —llamó con meloso acento.

Bisbiseó un poco.

En la vecina estancia sonó un suave maullido.

—Miauuu... miauuuu...

Kelly puso ambas manos sobre sus caderas.

—De modo que estás ahí, ¿eh, granuja? Sal, anda, bribón, que tenemos que ajustar cuentas.

Un hermoso gato blanco, de gran tamaño, empezó a frotarse contra sus

piernas.

—Miauuuu... miauuuu...

Kelly bajó la vista.

—Hombre, «Sócrates», ya has aparecido. ¿De dónde sales, sinvergüenza?

De repente, Kelly se quedó parado.

Si el gato estaba a sus pies, ¿quién estaba maullando en la habitación de al lado?

—Miauuuu... miauuuu...

Kelly tomó una decisión. De puntillas, caminó hacia la puerta de la estancia y asomó la cabeza.

Había una mujer agazapada tras una estantería repleta de libros. Kelly no podía verle la cara, debido a su postura, pero le pareció joven y bien formada.

Sheila tampoco le había visto. Kelly se acercó a ella paso a paso y, de repente, emitió un potente ladrido:

—¡Gua, gua!

Entonces ocurrió lo imprevisto: Sheila se desmayó.

CAPÍTULO II

Cuando Sheila recobró el conocimiento, se encontró tendida en un diván, con un hombre arrodillado a sus pies. El hombre tenía una de sus manos entre las suyas y le daba suaves palmaditas.

—Vamos, vamos, despierte, señorita... Le juro que no quise causarla el menor daño... Solo traté de divertirme un poco a su costa...

Sheila se sentó de pronto en el diván.

—¡Usted! —exclamó.

—¿Me conoce? —preguntó Kelly, sorprendido.

—Pues claro que sí. He visto su fotografía más de una vez en los periódicos... Es usted un hombre famoso, señor Kelly.

—Me halaga en exceso, señorita —sonrió el dueño de la casa.

—El célebre detective que resuelve todos sus casos sin moverse de su despacho, ¿eh?

—Hombre, en algunos fallo, claro.

Sheila sonrió maliciosamente.

—Por ejemplo, con la bella Nancy —dijo.

—No me abochorne —rezongó él.

—¿Cómo no se le ocurrió indagar acerca de su estado civil?

—¿Cree que no miré a ver si llevaba el anillo de casada? Pero, vayamos por partes, ¿quién es usted?

—Sheila Pinkerton.

—¿Por qué ha entrado en mi casa?

—Me perseguían dos hombres.

—¿Quiénes eran?

—Ah, sí yo lo supiera... Oiga, ¿no tiene nada para beber por ahí?

Solo entonces se dio cuenta Kelly de que continuaba arrodillado. Mascullando algo acerca de su descuido, se puso en pie y caminó hacia un bar portátil, que hizo rodar hasta el diván.

—Sírvase a su gusto, señorita Pinkerton —dijo.

Sheila eligió una botella y llenó una copa. Probó un sorbo y se sentó en el diván.

—Caramba, caramba con el famoso detective —dijo con cierto retintín—. El hombre que desentraña los más complicados casos, sin moverse del despacho —repitió.

—Oiga, no se burle de mí. A veces, también me desplazo a la ciudad.

«Sócrates», el gato, pasó en aquel momento por delante de su dueño.

—¡Oh, qué bonito! —exclamó Sheila—. ¿Es suyo?

—Sí. Se llama «Sócrates».

—¿Le puso ese nombre porque lo considera tan sabio como el dueño?

—No se ría de mí. Me gustó, eso es todo. Pero, dígame, ¿quiénes la

perseguían?

Sheila volvió a beber.

—No tengo la menor idea, ni tampoco sé por qué querían sentarme la mano encima —contestó—. Oiga, ¿por qué no resuelve usted mí caso? Ah, ya —dijo desanimadamente—, sus honorarios harían palidecer al mismísimo Rockefeller.

—No se trata de eso —respondió Kelly—. Si obtengo resultados, es justo que los cobre.

—Y tanto —exclamó Sheila con sarcasmo—. Ello le permite tener un coche deportivo europeo, un pequeño crucero en el puerto deportivo, una casa que parece un palacio...

—Me gusta vivir bien. ¿A usted no?

—Hombre, se hace lo que se puede, considerando que soy una simple secretaria.

—¿Dónde trabaja?

—Conover y Compañía, Importación y Exportación.

—He oído hablar de esa empresa. ¿Tiene idea de que se hayan metido en algún jaleo ilegal?

—No, que yo sepa —contestó Sheila—. ¿Por qué lo pregunta?

—Siendo secretaria de Conover y Compañía, podría haber entrado en conocimiento de algo que no interesaría se divulgase y alguien pudo dar la orden de eliminarla.

—¡Absurdo! La empresa para la cual yo trabajo es de lo más honesto que puede darse —protestó la chica.

—Entonces, la confundieron con otra.

—No. Los tipos me preguntaron el nombre y quisieron meterme a la fuerza en un coche, cuando les contesté afirmativamente.

—¿Qué hizo usted?

—Empecé a darles puntapiés en las espinillas y quise sacarles los ojos. Eso me permitió escapar.

—¿Mencionaron a alguna persona? Su jefe, por ejemplo; el de ellos, no el de usted —aclaró Kelly.

—No. Solo se enteraron de que yo era Sheila Pinkerton, y entonces, ¡zas! al saco. Pero lo rasgué y...

Sheila miró a Kelly, el cual estaba de pie frente a ella. Una divertida sonrisa se formó en sus labios.

—Oiga, para ser un detective gandul, se conserva en muy buena forma física. Yo creí que estaría ya dominado por la obesidad...

—Hago ejercicio a diario y me muevo más de lo que usted cree —refunfuñó él.

Y, a su vez, contempló el suéter negro de Sheila.

—No me mire así, desvergonzado —dijo Sheila, colorada hasta las orejas. De pronto lanzó un agudo grito—. ¡Mi medicina!

Kelly se sobresaltó.

—¿Qué medicina?

—La que tomo dos veces a diario para el corazón —contestó Sheila—. ¿Acaso se cree que me desmayé porque usted empezó a ladrar detrás de mí? El médico me dijo que no debía retrasarme más de una hora en la toma... y ya llevo noventa minutos de retraso.

Terminó de un golpe el contenido de la copa y se puso en pie.

—Adiós y gracias por todo, señor Kelly.

Echó a correr. Pisó el rabo de «Sócrates».

«Sócrates» maulló furiosamente. Ello aceleró la carrera de Sheila, quien, segundos más tarde, se había perdido de vista.

Al quedarse solo, Kelly cogió en brazos a su gato y meneó la cabeza.

—Si llega a continuar aquí diez minutos más, habría tenido que pedirle una ración de su medicina para el corazón —dijo tristemente.

—Miauuu... —hizo «Sócrates».

* * *

La secretaria entró en el despacho y tendió un paquete a su jefe.

—Para usted, señor Chatham —dijo—. Lo ha traído un mensajero especial.

—Está bien. Déjelo ahí, señorita Smith —ordenó Chatham—. Ah, y que nadie me moleste durante una hora. Estaré muy ocupado redactando un memorándum.

—Sí, señor.

La puerta del despacho se cerró. Chatham contempló el paquete y se lamió los labios aprensivamente.

En el ángulo derecho superior había un sello extraño: un ojo, en sus colores naturales, pero con la pupila roja, sobre fondo negro.

Las manos de Chatham temblaron al tomar el paquete.

Se imaginaba el contenido. Por un momento, abrigó la idea de meterse en el baño y pegarle fuego.

Pero no lo hizo. Representaría su muerte en un breve plazo.

Con dedos temblorosos abrió el paquete, cuyo tamaño era más bien reducido.

Contenía una cinta magnetofónica. En uno de los cajones de la mesa, había una grabadora.

Chatham insertó la cinta en el lugar correspondiente y puso en marcha el aparato. A fin de que nadie pudiera oír la grabación más que él, se colocó un audífono en la oreja izquierda.

Una voz hirió sus tímpanos segundos después:

—James Bedd ha incumplido sus compromisos. Debe ser castigado. A usted le corresponde la ejecución de la sentencia, Chatham.

Chatham se espantó. Instintivamente, protestó:

—¡Pero es mi mejor amigo!

—Por eso mismo, nadie sospechará de usted —siguió la voz, como si el autor de la grabación hubiese adivinado aquella respuesta—. Siga mis instrucciones detalladamente y no falle, porque moriría antes de veinticuatro horas. ¿Me ha comprendido?

—Sí... sí, señor... —dijo Chatham, pasándose un dedo por el cuello de la camisa.

—Mañana, Bedd se quedará trabajando hasta muy tarde en su despacho. Lo hace, ordinariamente, todos los jueves por la noche. Póngase un traje oscuro, no negro, no rayado, y corbata azul. Lleve sombrero de un color aproximado y use gafas sin graduar, pero de gruesa armadura. Además, póngase bigote, los venden postizos en muchas partes.

Nuevamente hizo la voz otra pausa.

—Deberá llegar al edificio donde Bedd tiene su despacho a las once y treinta y cinco minutos, ni un segundo antes. Lleve en la mano izquierda una cartera portafolios de aspecto corriente.

»En el corredor del piso donde Bedd tiene sus oficinas, hay varias rejillas para aire acondicionado. Busque la que está situada inmediatamente a la derecha de su puerta. Ábrala; encontrará una pistola con silenciador. Después de la ejecución, llévese la pistola. Para regresar a su casa, tiene que pasar por el puente Millenbrook. Arroje la pistola al río. Eso es todo.

—Sí, pero, ¿cómo justifico yo mi coartada? —preguntó Chatham, casi gimiendo.

—Betty Seymour declarará, si es necesario, que pasó usted toda la noche junto a ella —dijo la voz.

Chatham se espantó.

Aquel individuo conocía su vida hasta en el menor de los detalles. ¿Cómo había averiguado lo de Betty...?

La grabadora emitió una risita sardónica.

—Yo lo sé todo —dijo la voz—. Usted es viudo y no tiene nada de particular que busque afecto en los amorosos brazos de Betty Seymour. Nada más, Chatham. La grabación ha terminado.

Se oyó un «click». El magnetófono se detuvo.

Chatham sudaba.

De modo que Betty pertenecía también a la organización.

Pero, ¿cómo...?

Acaso los ardorosos labios de Betty habían sido el lazo que le había sido tendido hábilmente. Desde hacía tiempo, seguía todos los consejos y recomendaciones de «El Ojo», como él lo denominaba íntimamente.

Sus negocios habían prosperado enormemente desde entonces. «El Ojo», le había dicho que un día tendría necesidad de él y que se cobraría la deuda cuando llegase el momento.

Chatham nunca había creído en tales promesas, pero ahora debía enfrentarse con la realidad.

O mataba o le matarían.

Y... ¡era tan duro morir, disfrutando de unos saneados ingresos, que le permitían lujos inauditos.

La grabadora giraba al revés automáticamente. Estaba borrando el mensaje de muerte.

CAPÍTULO III

El hombre que entró aquel día en las oficinas de Conover y Compañía tenía el pelo enteramente blanco y lucía un hermoso mostacho del mismo color, que le daba el aspecto de un coronel de Caballería retirado. Cojeaba ligeramente al andar y de cuando en cuando carraspeaba para aclararse la voz.

Una recepcionista salió a su encuentro.

—Señor... —dijo cortésmente.

—Coronel, coronel Farquhart —dijo el anciano benévolamente. Tosió un par de veces, sonrió y agregó—: Retirado, por supuesto, hijita. ¿Podrías conseguirme una entrevista con el señor Conover?

—Temo, coronel, que al señor Conover le resulte imposible recibirle —contestó la muchacha—. El señor Conover no acepta jamás una entrevista sin concertarla previamente y es una norma que sigue rígidamente al pie de la letra, en todo momento.

—Una lástima, una lástima. Muchacha, ¿no habrá otro pez gordo en la casa con el cual pueda entrevistarme?

—Hablaré con el secretario del señor Stanton. Es el socio del señor Conover, coronel.

—Ese tal Conover debe de ser un tipo muy orgulloso, ¿verdad?

La chica sonrió y no dijo nada. Señaló una butaca y el coronel, cojeando, se encaminó hacia ella.

Minutos después, la recepcionista volvía junto al visitante.

—El señor Stanton accede a recibirle, coronel —anunció.

—Muchas gracias, hijita. Que Dios te lo pague... con un buen marido, claro.

La chica soltó una risita. Momentos después, Farquhart se hallaba frente a Frol Stanton, el otro socio de la firma.

—Usted es la Compañía, ¿no? —dijo Farquhart después de los primeros saludos.

Stanton era un sujeto de unos cuarenta años, calvo y con indicios de obesidad.

Sonrió de mala gana.

—¿En qué puedo servirle, coronel?

—Pues... verá —respondió el visitante—. Tengo entendido que ustedes se dedican a la importación y a la exportación y que también son consignatarios de buques.

—En efecto, así es.

—Mi afición son los tulipanes... Oh, los adoro —dijo Farquhart, poniendo los ojos en blanco—. Fíjese si los adoro que tengo un campo de cincuenta hectáreas lleno de tulipanes...

Durante diez minutos largos, el coronel Farquhart se dedicó a hacer líricas descripciones de los tulipanes, los molinos y las vacas, los tres elementos que, con los canales y los diques, componen el paisaje típico de Holanda. Stanton aguantaba pacientemente el chaparrón y hacía todos los posibles por no bostezar ante la inagotable facundia de su visitante.

Súbitamente, sonó el zumbido del interfono. Stanton hizo un gesto con la mano y se inclinó hacia el aparato.

—Froi, haz el favor de venir a mi despacho —dijo una voz.

—Sí, Greg, ahora mismo. —Stanton miró al visitante—. Me perdonará, ¿verdad, coronel?

—Por supuesto, señor Stanton.

Había una puerta de madera en una pared lateral. Stanton se levantó, la cruzó y pasó al despacho contigo.

Entonces, con una agilidad que nadie hubiera sido capaz de sospechar en él, Farquhart se levantó y corrió junto a la puerta. Agachándose, colocó al pie del tabique, pero detrás de un gran sillón de cuero, una cajita de forma oblonga y de unos doce centímetros de longitud por la mitad de anchura.

La cajita se sujetaba por medio de una ventosa. Al empujar con fuerza, un clavito delgado de un centímetro de largo se hundió en la madera de la decoración. Farquhart remató su labor, haciendo salir una antenita de no más de diez centímetros de longitud.

Luego regresó corriendo a su sitio.

Stanton se quedó solo en su despacho veinte minutos más tarde. Cuando esto ocurrió, todavía no sabía si tenía que traer de Holanda un barco lleno de tulipanes o de vacas.

* * *

A la hora señalada, John Chatham entró en el edificio con paso resuelto y se dirigió hacia el ascensor. El conserje de noche le miró distraídamente y luego concentró su atención en una revista en la que no se hacía propaganda precisamente de ropajes femeninos.

Chatham llegó al piso donde su víctima tenía las oficinas. El corredor estaba desierto.

Junto a la puerta, a dos metros sobre el suelo, estaba la rejilla de uno de los conductos de aire acondicionado. Chatham se puso de puntillas y con la yema de los dedos hizo girar la rejilla.

Tanteó con la mano enguantada. Pronto encontró la pistola.

Chatham temblaba de pies a cabeza.

«Soy un asesino, soy un asesino», pensaba.

Pero si no obedecía, «El Ojo» le mataría.

Dejó el portafolios en el suelo y abrió la puerta. Luego recogió la cartera de nuevo y la depositó sobre uno de los sillones de la recepción.

Pistola en mano, avanzó paso a paso hacia la oficina donde se veía luz. Alargó la mano izquierda e hizo girar el pomo lentamente.

Un hombre escribía a mano sobre una hoja de papel. Ni siquiera se había enterado de la presencia de Chatham en su despacho.

La mano de Chatham se alzó lentamente. Su dedo índice apretó el gatillo.

James Bedd dio un salto convulsivo en el sillón.

Cayó sobre el mismo y se estremeció débilmente unos momentos. Su cabeza se dobló hacia adelante y quedó apoyada sobre la mesa de trabajo.

Un delgado chorrito de sangre brotaba de la sien derecha. Chatham no quiso mirar más y corrió hacia la salida.

Guardó la pistola en el portafolios. Sentíase horrorizado y asqueado de sí mismo... pero, ¿qué otra cosa podía haber hecho? se dijo, como una especie de auto— justificación de su crimen.

* * *

El coche estaba parado a un lado del camino, no lejos de la entrada del puente. En su interior, una pareja se abrazaba con pasión.

—Hacía un montón de días que no nos veíamos —dijo la mujer.

—Una pregunta, Flora —habló el hombre.

—Sí, dime, Geo.

—¿Eres casada?

Ella se echó a reír.

—¡Qué tonto eres!

—Eso no contesta a mi pregunta, Flora.

—Bueno, pues no, no estoy casada —contestó ella—. ¿Por qué me lo preguntas?

Kelly le acarició el pelo.

—No, por nada, nena. Olvídalo, ¿quieres?

—Contigo, desde luego. —Los flexibles brazos de la mujer se enroscaron en torno al cuello de Kelly—.

Amor mío, me has tenido abandonada durante tanto tiempo...

Los faros de un vehículo que se acercaba velozmente iluminaron durante un fugaz momento la escena. Ninguno de sus dos protagonistas hizo caso.

Ya había sucedido más de una vez aquella noche. Sin embargo, ningún otro automóvil había pasado a tanta velocidad y ninguno, tampoco, se detuvo en tan cortísimo espacio, con resonante chirriar de frenos.

El ruido atrajo la atención de Kelly quien, momentáneamente, se separó del dulce dogal que le ceñía el cuello. Entonces vio el coche parado en el centro del puente.

Un hombre se apeó y corrió hacia la barandilla, llevando algo en la mano. El objeto voló por los aires y chapoteó al chocar contra el agua, a

diez metros más abajo.

Durante una fracción de segundo, Kelly pudo divisar un destello metálico emitido por el objeto lanzado al río. Luego, el hombre corrió hacia su automóvil, montó de nuevo en él y arrancó como alma que lleva el diablo. La acompañante de Kelly había visto también la acción y se sentía sumamente extrañada.

—¿Qué habrá tirado ese tipo al río? —preguntó.

Kelly se inclinó nuevamente sobre ella.

—Nena, ¿crees que eso nos importa?

Flora suspiró.

—No, en absoluto —contestó.

* * *

Sheila Pinkerton llegó a su casa y lanzó al aire sus zapatos, uno tras otro. Luego dejó el bolso sobre una mesita.

Se soltó las horquillas que sujetaban su frondosa cabellera. Largas ondas de color dorado cayeron a lo largo de sus hombros.

Cruzó las manos y agarró el borde de su *pullover* de color morado. Entonces sonó el teléfono.

—¿Quién será? —dijo con voz de fastidio, a la vez que cortaba la acción.

Se acercó al aparato y lo levantó.

—¿Sí?

—Hola, gatita —dijeron al otro lado de la línea.

—¡Señor Kelly! —exclamó Sheila, vivamente sorprendida.

—El mismo. ¿Le molesto?

—No, pero... ¿quién le ha dado mi número de teléfono?

—¿Acaso es secreto?

Sheila se mordió los labios.

—Es verdad —contestó—. Figura en la guía... ¿Qué quiere de mí?

—«Sócrates» me ha hecho una petición. Ha olvidado que usted le pisó el rabo y me ha pedido que la ayude.

—No necesito su ayuda —contestó Sheila—. De todas formas, muchas gracias.

—¡Qué lástima! «Sócrates» se sentirá muy afligido al saber que...

—Por favor, estoy cansada. Lamento mucho no poder seguir atendiéndole y... Buenas tardes, señor Kelly.

—Si se siente cansada, tómese una taza de café y una aspirina. Eso entona mucho el cuerpo. En la cocina encontrará café caliente, Sheila.

La chica aspiró el aire varias veces.

Olía a café recién hecho. ¿Quién había estado allí? Corrió hacia la cocina. La cafetera estaba al fuego. Una vivísima indignación se apoderó de su ánimo. Kelly había entrado en su piso de manera subrepticia.

—Ahora verá ese tipo... —dijo.

Y corrió otra vez hacia el teléfono.

—Señor Kelly, deje que le diga que usted es un granuja y un tipo que no conoce el honor. Atraverse a entrar en la casa de una mujer sin su permiso... ¿Dónde se ha visto eso?

—Aquí, en su casa, precisamente.

—Pues no vuelva a hacerlo o llamaré a la policía ¿estamos?

Sheila depositó el aparato sobre la horquilla con gesto furioso.

—¡Qué cara más dura! —exclamó.

—Tiene usted razón, Sheila, pero es que mis deseos de ayudarla son verdaderamente sinceros.

—¡Le digo que no necesito su ayuda! —exclamó ella antes de darse cuenta de que había dado una respuesta sin ayuda del teléfono.

Y entonces, también, se percató de que el detective le había hablado directamente.

Poco a poco, centímetro a centímetro, giró sobre sus talones hasta quedar frente a la puerta que daba a las habitaciones interiores.

Cruzados los brazos, sonriente la expresión, Geo Kelly estaba apoyado en el quicio de la puerta.

—U... usted... —resopló la muchacha.

—Sí, yo mismo. Pero está cansada, dijo antes —contestó él, avanzando hacia Sheila. La cogió por un brazo—. Venga a la cocina y tómese una buena taza de café antes de que se enfríe.

Sheila se sentía aturdida. Sin oponer resistencia, se dejó llevar.

—¿Có... cómo simuló que hablaba conmigo por teléfono? —preguntó.

—No lo simulé. Hablaba realmente, por medio de una conexión; lo mismo que hacen los reparadores de líneas.

—Y entró en mi casa sin permiso...

—Pero para ayudarla, no lo olvide. Hace dos noches, la perseguían, ¿lo recuerda?

—Sí, lo recuerdo.

Kelly cogió la cafetera.

—¿No han vuelto a molestarla aquellos tipos?

—Pues...

Sheila no tuvo tiempo de contestar.

Algo sonó estridentemente en el salón. Era el sonido tnás extraño que ella había oído jamás en su casa.

¡Nang... nang... nang...!

CAPÍTULO IV

—¡Cielos! —exclamó Sheila—. ¿Qué es eso?

Kelly extendió la mano izquierda.

—Sitúese tras el refrigerador —ordenó brevemente.

Ella obedeció en el acto. Kelly sacó una pistola y se colocó junto a la puerta.

La campana de alarma continuaba sonando estridentemente. Alguien dijo:

—¡Basta ya! ¡Para esa maldita campana de una vez.

—¡Pero no puedo, Ben! ¡No sé dónde diablos está... Kelly saltó hacia la puerta de la cocina.

—Larguémonos, Scaly —decía Larimer en aquel momento.

—Quietos —ordenó Kelly.

Larimer ya había abierto la puerta del piso y se lanzaba hacia el corredor. Scaly giró en redondo y metió la mano dentro de su chaqueta.

Kelly apretó el gatillo. Una bola blancuzca salió disparada del cañón del arma y fue a estrellarse contra el rostro del sujeto, convirtiéndose inmediatamente en una masa de espuma pegajosa que le cegaba totalmente.

El detective saltó hacia adelante y desarmó a Seal de un golpe en la mano, propinado con el cañón de su pistola. Scaly rugía sordamente, atenuadas sus voces por la masa espumosa que cubría su cabeza por completo.

La campana había dejado de sonar. Kelly cerró la puerta con doble vuelta de llave y luego, agarrando a su prisionero por el cuello de la chaqueta, lo empujó hacia adelante.

—Sheila, abra la ducha —gritó.

—Sí, señor Kelly.

Scaly fue a parar al cuarto de baño. Un chorro de agua fría lavó en pocos minutos la espuma que le cegaba y casi le impedía respirar.

Una vez con la cara limpia, Kelly le entregó una toalla.

—Estoy apuntándote con tu pistola —dijo a guisa de advertencia.

Scaly se sentía completamente desmoralizado.

—¿Quién le dijo que íbamos a venir aquí? —preguntó, entre hipido e hipido.

—Nadie. Simplemente, tomé precauciones en honor de la señorita Pinkerton.

—Señor Kelly, ¿qué era lo que hacía ese ruido de campanas?

La pregunta provenía de Sheila, situada en la puerta del cuarto de baño. Por encima del hombro, Kelly contestó:

—Un detector de metales. Lo coloqué apenas llegué a su piso.

—Pero yo... pero yo también llevo objetos de metal encima y no sonó la campana.

—Los objetos de metal que usted lleva están en su bolso o bien son los pendientes. Pero no lleva pistola, en una funda axilar. Los pendientes quedan por encima del campo de acción del detector y el bolso más abajo. Una pistola cae, más o menos, a la altura del detector.

—Comprendo —dijo Sheila—. ¿Qué piensa hacer con este bigardo?

Kelly dirigió una mirada oblicua a su prisionero.

—Vamos, camina hacia la sala —ordenó.

Scaly se engalló.

—Le advierto que no diré nada —contestó.

—¿Sí? ¿Qué apostamos, Scaly? —dijo Kelly.

El pistolero sintió miedo, sin saber por qué. La forma en que aquel individuo les había derrotado le había causado un asombro del cual no se había repuesto todavía.

* * *

—Primero, ¿por qué perseguíais a la señorita Pinkerton?

Scaly estaba sentado en un diván. Kelly y la joven se hallaban frente a él.

—Ordenes —contestó el pistolero sin más.

—¿De quién?

Scaly se encogió de hombros.

—No lo sé —contestó.

—Me siento admirado —confesó Kelly—. ¿Usted no, Sheila?

—¿Por qué había de estarlo, Geo? —preguntó la chica.

—Mire a este pedazo de carne con patas. Le dan órdenes y las obedece sin preguntar quién es el que se las da, ni por qué se las da ni qué objeto tienen esas órdenes.

—Me pagan y eso basta —refunfuñó Scaly.

—¿Cuánto?

—¿Es usted inspector del Fisco?

—El chico es mordaz —dijo Kelly—. Bueno, no me importa tu sueldo, sino quien te lo paga.

—No diré nada, se lo aseguro.

Kelly se volvió hacia la muchacha.

—Sheila, ¿tiene preparado el antídoto?

—¿Qué antídoto? —preguntó Sheila ingenuamente.

—Es verdad, no se lo dije antes. —Kelly se volvió hacia el hampón—. Has tomado una taza de café y estaba envenenada. El tóxico hace efecto a los quince minutos...

Consultó su reloj.

—Te quedan cuatro y medio. Pasado ese plazo, ni un trasplante de

estómago te salvaría la vida, Scaly.

El sujeto se aterró.

—¿Es cierto eso? —preguntó.

Kelly se puso en pie.

—Sheila, vámonos a cenar. Yo suelo utilizar el veneno habitualmente, pero soy un tipo sentimental; nunca presencio la agonía de mis víctimas.

—¡No! —chilló Scaly—. El antídoto... el antídoto... Hablaré, lo diré todo...

—Traiga un vaso de agua, Sheila —pidió Kelly.

—Sí, Geo, ahora mismo.

—¿Quién os da las órdenes? —preguntó Kelly implacablemente.

—No lo sé, se lo juro —lloriqueó el hampón—. Las recibimos por teléfono... o bien por carta.

—Una carta —resopló Kelly, atónito.

—Sí, las instrucciones llegan siempre dentro de un sobre... y las letras se borran a los pocos minutos. Lo único que sabemos es que en los sobres hay siempre un sello con un ojo...

—Pero de alguna forma entraríais en contacto con... con ese tipo —dijo Kelly.

—Nos escribió una carta. Acompañaba mil dólares para cada uno... La carta decía que debíamos obedecer sus instrucciones, bien por teléfono o bien por escrito y que cobraríamos mil dólares más al mes, más... gastos.

—¡Qué considerado! —exclamó Kelly. Sheila esperaba a su lado, con el vaso de agua—. Sigue, ¿qué más?

—El antídoto...

—Habla. ¿Qué pasó después?

—Bueno, de cuando en cuando, nos llamaba por teléfono... o nos escribía una nota.

—Y vosotros obedecíais.

Scaly se lamió los labios.

—¿Qué otra cosa podíamos haber hecho?

—Arar un campo —gruñó Kelly—. Pero ese es un trabajo honrado y os habríais puesto enfermos. ¿Cuál es el teléfono de «El Ojo»?

—No lo sabemos. El siempre nos llama al nuestro.

—Y vosotros, ¿no le llamáis nunca?

—No.

—Entonces, ¿cómo sabe él que habéis cumplido sus órdenes?

—Nos lo pregunta, simplemente.

—O lee al día siguiente en los periódicos la noticia de un asesinato.

—¡Eso no es cierto! —gritó Scaly—. Hemos dado algunos sustos, alguna paliza... pero jamás hemos asesinado a nadie.

—A la señorita Pinkerton no la matasteis porque no habéis tenido tiempo para ello.

El prisionero hizo un signo negativo.

—No teníamos orden de matarla —contestó.

—¿Entonces?

—La orden era de hacerla prisionera, llevarla a nuestro departamento y dejarla allí sola, bien atada, por supuesto.

—¡Qué desvergüenza! —se indignó Sheila—. Me dan ganas de tirar el vaso de agua...

—¡El antídoto! —sollozó Scaly.

Kelly hizo un gesto. Sheila le acercó el vaso.

El detective arrojó en él agua una bolita blanca, que se disolvió casi instantáneamente. Luego entregó el vaso a su prisionero.

—Bebe, Scaly.

El hampón ingirió el agua ansiosamente. Al terminar, miró a Kelly con expresión desconfiada.

—¿Resultará?

—Has vuelto a vivir —aseguró Kelly con solemne acento.

—Bueno, y ahora, ¿qué hará conmigo?

—Nada, hombre, nada; ya puedes irte.

Scaly no se sentía todavía seguro.

—¿No... no me hará nada más?

—Descuida. Vete.

El hampón se puso en pie. Kelly le acompañó hasta la puerta, dándole palmaditas en la espalda.

—Y a ver si nos portamos bien, ¿eh? —dijo, al despedirle.

Kelly y Sheila se quedaron a solas.

—Estoy atónita —dijo ella.

—¿Por qué? —preguntó el detective, echándose a reír.

—Ni siquiera le ha preguntado dónde vive...

—No era seguro que me contestara. Además, tengo un medio infalible para saberlo.

—¿Cuál es, Geo? —preguntó Sheila.

—Permítame, pero ahora no puedo entretenerme. Venga aquí y le enseñaré el manejo del detector. Le evitará sorpresas desagradables.

—Sí, Geo... ¡Mi medicina! —gritó ella de repente.

Y echó a correr hacia el cuarto de baño.

Kelly meneó la cabeza con gesto pesimista.

—¡Pobre chica! ¡Tan joven y ya condenada a una vida de dolencia perpetua!

Pero, de repente, se le ocurrió una idea.

¿Era posible que una joven de la vitalidad de Sheila padeciese del corazón?

Había alguien que podía solucionar sus dudas a este respecto. Sin vacilar, agarró el teléfono y marcó un número.

—¿Harry? Soy Geo Kelly. ¿Cómo te encuentras? ¿Podría hacerte una consulta rápida?

—Adelante, Geo —contestó el doctor Grennock, buen amigo del detective—. ¿De qué se trata?

—Conozco a una muchacha que padece del corazón. Su médico le ha recetado un medicamento que debe tomar dos veces al día, puntualmente y a las mismas horas. ¿Qué me dices a eso?

—Hombre, Geo, sin conocer más detalles...

—Se desmayó una vez. Ella dijo que era porque llevaba hora y media de retraso en la toma de su dosis de medicamento.

—Pudiera ser, Geo —contestó el doctor Grennock cautamente.

—Pero una persona que padece del corazón no corre como un atleta ni trabaja ocho horas diarias en su oficina ni muestra la vitalidad propia de sus años.

—¿Cuántos tiene?

—Oh, unos veintidós o veintitrés... Yo no soy médico, Harry, pero la encuentro más sana que una pera.

—Es curioso, en efecto —convino pensativamente el doctor Grennock—. ¿Es amiga tuya esa chica?

—Bueno, así podríamos calificarlo —respondió Kelly.

—¿Por qué no me la envías, Geo? Yo la examinaría con mucho gusto, tratándose de ti, y emitiría un diagnóstico. Después, ella podría seguir su tratamiento normal... o el que yo le indicase, claro.

—Se lo diré con mucho gusto, Harry. Señálame día y hora para decírselo.

Segundos más tarde, Kelly tenía la respuesta:

—Pasado mañana, a las seis en punto de la tarde, Geo.

—De acuerdo. Gracias, buen amigo.

—Ah, y dile que se traiga consigo esa medicina. Debo conocer todos los extremos de su enfermedad.

—No lo olvidaré. Hasta la vista, Harry.

—Adiós, Geo.

CAPÍTULO V

—¿Con quién hablaba usted? —preguntó Sheila. Kelly demoró la respuesta algunos segundos.

Estaba escribiendo en una agenda de bolsillo. Al terminar, arrancó la página y se la entregó a la muchacha.

—Pasado mañana, a las seis, en el despacho del doctor Grennock. No se olvide de llevarle la medicina que le recetaron —contestó.

—¿Por qué he de ir yo a ver a ese médico? —exclamó Sheila, vivamente sorprendida.

—Usted padece del corazón.

—Sí.

—Con las emociones de estos días, con las carreras que se ha dado, con el trabajo que lleva a cabo continuamente, su víscera cardíaca tendría que estar convertida en un guñapo. Y yo la veo a usted como a una manzana recién cogida del árbol.

—Pero... pero...

—Haga lo que le digo. El doctor Grennock, y no lo digo porque sea amigo mío, es un reputado cardiólogo, quien confirmará o rechazará el diagnóstico del médico que la atendió a usted. Y, no tema, no le cobrará un solo centavo por su consulta.

—Bueno, pero es que yo...

—Ahora cállese y déjeme hablar por teléfono otra vez —la interrumpió Kelly sin más.

Momentos después, estaba en contacto con la Jefatura de Policía.

—Con el capitán Byss, por favor —pidió—. Soy Kelly.

—Al momento, señor Kelly —contestó la telefonista de guardia.

Sheila sonrió.

—Se nota que es el detective que resuelve sus asuntos sin moverse de casa, solo con el teléfono —contestó.

Pero Kelly no la hacía caso.

—Hola, Chuck —dijo de pronto—. ¿Qué noticias tienes del puente de Millenbrook?

—Por ahora, nada. Mis hombres están dragando el río, aunque no han podido encontrar todavía el arma homicida.

—En Camp Wethachee, a veinte kilómetros, hay un batallón de Zapadores. Pídeles un detector de metales protegido contra el agua.

—Rayos, Geo, esa idea no se me había ocurrido a mí.

—De nada, Chuck —dijo Kelly con cierto retintín—. El detector y un extractor de imán. En menos de media hora, encontraréis la pistola. ¿Qué sabéis del auto sospechoso?

—Es una lástima que solo pudieras decimos las dos cifras iniciales —se

quejó el policía.

—Estaba un poco lejos y no presté demasiada aten—. Ición. Solo al leer esta mañana la noticia del asesinato me acordé del incidente.

—El más sospechoso es John Chatham, la matrícula de cuyo coche podría ser la del que tú viste, pero tiene una coartada inatacable. Una dama, ¿comprendes?

—Su nombre y dirección, por favor, Chuck. Y el teléfono también.

Sheila estaba pasmada.

—Pues... sí, es verdad que resuelve todos sus casos por teléfono —murmuró, absorta.

—Gracias, Chuck —dijo Kelly al terminar.

—¿Interrogarás a Betty Seymour? —preguntó el policía.

—Tal vez. Adiós, Chuck.

Kelly colgó el teléfono y se puso en pie.

—Tengo que irme —manifestó—. No deje de visitar al doctor Grennock.

—Lo haré, señor Kelly.

El detective sonrió.

—Geo, por favor —dijo.

—Como quiera —contestó ella, sonriendo—. Una pre— pmta, Geo. ¿Es cierto que envenenó el café de Scaly?

—No, mujer; solo fue un truco psicológico —rio Kelly.

—¿Y el antídoto?

—Un analgésico efervescente.

Sheila soltó una fuerte carcajada.

—¡Qué astuto es usted! —exclamó.

—En mi profesión, es preciso serlo... o, de lo contrario, hay que buscarse otro oficio. Adiós, Sheila, ha sido un placer.

—Hasta la vista, Geo.

* * *

Ciertamente, Kelly tenía fama de resolver sus casos por teléfono, pero había bastante exageración en cuanto se decía al respecto.

A veces, también salía de su casa. Por ejemplo, en aquellos instantes.

Ahora estaba en un portal, observando la casa donde vivían los dos pistoleros que habían intentado secuestrar a la muchacha.

¿Quién era «El Ojo»? ¿Qué se proponía con el rapto de Sheila?

A sus pies tenía un pequeño maletín, que contenía algunos objetos de interés para su profesión. Estaba esperando a que Larimer y Scaly saliesen de su casa. Minutos antes, había hecho una llamada telefónica. Fingiéndose «El Ojo», les había citado en un punto distante de aquel lugar varios kilómetros.

Larimer y Scaly salieron al fin. Subieron a un coche y se alejaron a toda

velocidad.

Entonces, Kelly abandonó su escondite y, con el maletín en la mano, atravesó la calle y se metió en la casa.

Poco después, maniobraba en la cerradura del apartamento que ocupaban los dos hampones. Lo primero que hizo fue buscar el teléfono.

Estuvo trabajando un rato en la clavija de empalme. Luego conectó a la misma un pequeño transmisor de radio, que colocó en un lugar donde no sería visto, a menos que se hiciese un registro a fondo de la casa.

Al terminar, dejó todo tal como lo había encontrado. Tranquilamente, sin prisas, abandonó el lugar y se marchó antes de que regresara la pareja de forajidos.

Scaly y Larimer no le interesaban especialmente. Era su jefe el que atraía su atención... pero, sobre todo, a Kelly le interesaba conocer los motivos por los cuales querían secuestrar a Sheila.

* * *

Estaba tendido en un cómodo diván, con el teléfono al alcance de la mano. A su lado, «Sócrates» runruneaba satisfecho.

De cuando en cuando, Kelly pasaba la mano por el lomo del gato. Los ojos del detective se fijaban a veces en el aparato que tenía al alcance de su vista, en la pared opuesta.

Muchas personas se habrían sorprendido al verlo. Parecía el cuadro de mandos de una nave espacial.

Una lamparita oscilaba continuamente. Correspondía a una cinta magnetofónica que se ponía en funcionamiento automáticamente, cada vez que se recibía un mensaje radiado.

La grabadora recibía los mensajes emitidos desde el despacho de Frol Stanton. También captaba todo lo que se hablaba en el despacho de Conover.

El teléfono sonó repentinamente.

Estaba al alcance de su mano. Sin dejar de acariciar a «Sócrates», Kelly levantó el aparato y se lo acercó a la oreja.

—Byss —dijo una voz al otro lado de la línea.

—Hola, Chuck. ¿Qué novedades hay?

—Hemos encontrado la pistola. Gracias. Ya está en manos de los expertos.

—Me alegro. ¿Sabéis algo más del asesinato?

—No, en absoluto. Quizá el examen de la pistola nos diga algo, Geo.

—Lo deseo con sinceridad. ¿No tenéis ningún sospechoso?

—Ya te dije el nombre... pero eran muy amigos. Se me hace muy cuesta arriba creer que Chatham...

—Chuck, voy a hacer una prueba. No sé si podré llamarte hoy, pero lo haré apenas tenga el resultado.

—De acuerdo. Gracias, Geo.

—Adiós, Chuck.

Una lamparita empezó a oscilar de repente en el cuadro de mandos. Kelly saltó el diván y corrió hacia el aparato.

Alargó la mano y movió un interruptor. Una voz sonó inmediatamente en la estancia.

—Scaly.

—Sí, señor —era el hampón.

—¿Dónde está la chica?

—Lo siento, señor...

—Escuche, Scaly; es la última oportunidad. Quiero a la chica antes de veinticuatro horas o, de lo contrario, tendré que rescindir nuestro contrato. Y estas cosas las hago yo de una sola manera. ¿Me ha comprendido?

—Sí, sí, señor...

—Eso es todo, Scaly. Adiós.

La comunicación se cortó. Acto seguido, Kelly manipuló rápidamente en una computadora acoplada al aparato.

El resultado fue el que esperaba: «El Ojo» había hablado desde una cabina telefónica.

—Y, por si fuera poco, está a siete kilómetros de distancia —masculó disgustadamente.

Imposible alcanzarle. Aquel singular individuo se habría perdido de vista antes de que él hubiese recorrido quinientos metros con su coche.

De nuevo usó el teléfono. Pero esta vez, fue uno que tenía en el mismo cuadro de mandos.

—¿Señor Chatham? —preguntó.

—Sí, yo mismo —contestó una voz masculina—. ¿Con quién hablo, por favor?

—Soy Martínez, de la Martínez Fruit & Co., de Nicaragua. Querría hablar con usted acerca de un contrato de importación de banana y piña en condiciones excepcionalmente buenas.

—Lo siento, señor Martínez, pero yo no me dedico a la importación de frutas.

—¿De veras? Cuánto lo siento. Me habían dicho...

—Le engañaron o se equivocaron, señor Martínez. Lo lamento.

—Sí, ya veo. Usted dispense, señor Chatham.

—Está dispensado. Buenas tardes.

—Buenas tardes.

Kelly sonrió.

El truco había dado resultado. Puso una grabadora en acción y repitió el corto diálogo varias veces.

Luego hizo una llamada, pero por el teléfono normal.

—Sheila, soy Geo.

—¡Oh, cuánto me alegro de oírle! —exclamó la muchacha—. ¿Cómo está «Sócrates»?

—Estupendamente. Sheila, quiero decirle una cosa.

—Sí, Geo.

—Busque un apáratito que tiene usted detrás del jarrón que hay a la izquierda de su puerta, según se entra. No toque nada, excepto la tecla roja. Bájela hasta que la muesca central coincida con otra que hay en el cuerpo del aparato. ¿Ha comprendido?

—Sí, Geo.

—Repítalo, por favor.

La muchacha obedeció. Kelly se sintió satisfecho de la respuesta.

—Eso es todo, Sheila —dijo.

—Geo, ¿por qué tengo que hacer...?

—No se preocupe. Lo sabrá esta misma tarde, quizá antes de una hora. Adiós.

CAPÍTULO VI

Sheila estaba sumamente intrigada.

¿Por qué le había dicho Geo que bajase la tecla roja?

No lo entendía, pero confiaba implícitamente en el detective. Había realizado la operación y ahora esperaba.

¿A qué esperaba? se preguntó.

¿A qué o a quién?

De repente, vio que el pomo de la puerta giraba silenciosamente. Sheila se clavó las uñas en las palmas de las manos, pero no sintió el menor dolor.

Una cara conocida asomó por la puerta. Tenía varios parches de esparadrapo. Los arañazos no se habían curado aún en el rostro de Larimer.

Scaly entró a continuación. Los rufianes avanzaron dos o tres pasos en la estancia.

De repente, empezó a sonar la campana con enorme estrépito, más ruidosamente aún que la vez anterior:

¡Nang... nang... nang...!

—¡Maldición! —juró Scaly.

Era un ruido verdaderamente atronador.

Casi en el mismo momento, se oyó un terrible alarido:

—¡Socorro! ¡Ladrones! ¡Quieren robarme! ¡Policía, policía!

Los dos hampones se quedaron atónitos. Los gritos — de socorro alternaban con los campanazos, capaces de despertar a un muerto.

Por si fuera poco, empezó a sonar una sirena.

—El jefe está loco —rugió Scaly.

Dio media vuelta y abandonó el piso. Larimer casi le atropelló, en sus ansias por huir de aquel lugar.

El escándalo, en el corredor, era más que regular. Se abrían puertas y los ocupantes de los pisos se asomaban para ver qué ocurría. Larimer y Scaly, a favor del desconcierto general, pudieron alcanzar el ascensor y escapar antes de que algún vecino avisado pudiera llamar a la policía.

* * *

Una vez más, Kelly repitió la grabación del diálogo que había sostenido con Chatham.

Instantes después, se dirigía a su teléfono. Consultó una anotación de su agenda y marcó un número.

Esperó cosa de treinta segundos. Al fin se oyó una voz femenina, de indudables tonos cautelosos.

—¿Quién es?

—Yo, nena. ¿Cómo te encuentras?

—Bien, John. ¿Qué quieres ahora?

—¿Te ha visitado la policía?

—Claro. Pero no sacaron nada en limpio.

—¿Les dijiste que yo estuve todo el tiempo contigo?

—¿Podías esperar otra cosa, John?

—Gracias, Betty. No sabes cuánto te lo agradezco... Tu declaración me salvará el pellejo.

—Es un pellejo encantador —rio ella—. No podría consentir un... elevado aumento de temperatura, motivado por un asiento demasiado caliente.

—¿Te apretaron mucho los policías?

—Lo normal, supongo. Debí de impresionarles con mi acento de honesta veracidad. Tengo madera de actriz, ¿sabes?

—Bueno, quizá vuelvan a la carga. ¿Recuerdas bien las horas?

—Sí, llegaste a las diez y media de la noche y te marchaste a las seis y media de la mañana.

—Exacto, Betty. Bueno, te veré otro rato. Ahora conviene que seamos un poco discretos.

—Desde luego. —Kelly percibió un chasquido a través del hilo telefónico—. Quisiera dártelo en persona, mi vida —dijo Betty.

—No tardarás mucho en hacerlo, hermosa. Adiós, buenas noches.

—Buenas noches, cariño.

Kelly colgó el teléfono, sumamente satisfecho. Tocó otra palanca del cuadro de mandos y una grabadora más empezó a funcionar, repitiendo el diálogo.

Una vez lo hubo escuchado de nuevo, Kelly llamó al capitán Byss.

—Quiero que escuches una cosa, Chuck —dijo.

—Adelante.

Byss oyó el diálogo con toda atención. Una vez hubo terminado, dijo:

—Me siento pasmado, Geo. ¿Cómo has conseguido esa grabación?

—La voz es mía —rio el detective—. Hablé con Chatham por teléfono y memoricé su voz para imitarla después. En cambio, la de Betty Seymour es auténtica.

—Sí; y he podido darme cuenta de que la coartada es falsa.

—Exactamente. Bueno, Chuck, el resto es tuyo. Aprieta las clavijas a los dos y averigua por qué mintieron... y por qué Chatham asesinó a su mejor amigo.

Para Kelly, aquel asesinato no dejaba de constituir un misterio. ¿Qué razones habían impulsado a un honrado comerciante a disparar sobre su mejor amigo?

Esperaba que Chuck Byss lo averiguase. Mientras tanto...

Una llamada telefónica, que resultó ser de Sheila, distrajo su atención.

—Estuvieron aquí, Geo —dijo ella.

—¿Quiénes?

—Los secuestradores.

—¿Y bien?

Sheila se echó a reír.

—Fue el espectáculo más divertido que he visto nunca. Campanazos, voces de socorro, sirenas de alarma... ¿Cómo organizó usted todo ese jaleo? —preguntó.

—Un nuevo sistema de alarma ideado por mí. Resultó, ¿eh?

—Sí, Geo.

—No lo desconecte.

—La policía subió al piso. Iban armados. No quiera saber el estruendo que se organizó por segunda vez.

Tuve que desconectar el aparatito, pero funcionará de nuevo.

—Me alegro. Sheila, no olvide su visita mañana al doctor Grennock.

—¿Le interesa mi salud?

—Me interesa su corazón —contestó él.

—¿En qué sentido debo tomar su respuesta, Geo?

—En los dos —contestó él—. Su corazón me interesa física... y sentimentalmente. Recuerdos de «Sócrates», Sheila —terminó él la conversación telefónica.

* * *

El hombre estaba sentado tras una mesa de despacho, sobre la cual incidía, concentradamente, la luz de una lámpara de pedestal. Solo sus manos, largas, blancas, finas, aparecían a la vista.

El resto de su cuerpo, incluida la cara, quedaba en la penumbra.

Delante de él, en pie, había un hombre. Era de regular estatura, aspecto normal y aparentaba unos treinta y cinco años.

—Knork, Scaly y Larimer han fracasado —dijo el que estaba sentado.

—Sí, señor.

—Les di una orden. Soporté nada menos que tres fracasos. No quiero otro.

—Sí, señor —contestó Knork, impasiblemente.

—Encárgate de ellos, eso es todo.

—¿Algún procedimiento especial, señor?

—Me basta con que sea efectivo, Knork. Y rápido, claro.

—Descuide, señor; la solución del problema quedará realizada antes de mañana.

—Gracias, Knork. Podía haberte encomendado a ti el asunto Sheila Pinkerton, pero no quise comprometerte inútilmente. De momento, encárgate de esos dos idiotas.

—Bien, señor.

Scaly y Larimer regresaron juntos. Habían estado cenando juntos, y luego, para distraer sus mentes de preocupaciones, habían pasado un par de horas en un local donde se hacía una terrible campaña en contra de la vestimenta femenina.

La sesión de *strip-tease* les había entonado un poco, junto con algunas copas para «ayudar». No se sentían especialmente joviales, pero tampoco deprimidos.

Scaly y Larimer se asombraron mucho al ver luz en el piso. Larimer, receloso, puso la mano en la culata de la pistola.

—¿Ladrones, Scaly?

—Quizá. Si es así, el intruso se va a llevar una buena —gruñó Scaly.

La puerta se cerró. Entonces oyeron una voz tras ellos.

—Sigan como están, caballeros. Les estoy apuntando con una pistola. Tiene silenciador y no hará ruido.

Larimer y Scaly se quedaron helados de espanto.

Ambos, sin necesidad de más palabras, levantaron las manos.

—Caminen hacia la cocina, por favor... —ordenó Knork.

Los dos hampones obedecieron. Una vez en la cocina, Knork dio una orden:

—Scaly, siéntese en esa silla, junto a la mesa.

El mencionado obedeció. Inmediatamente, con su enguantada mano izquierda, Knork sacó un pequeño pulverizador del bolsillo izquierdo y le lanzó un chorro de gas a la cara.

Scaly perdió el conocimiento casi instantáneamente. Se inclinó hacia adelante y apoyó la cara en la mesa.

—Usted, a su dormitorio —siguió Knork a continuación.

Larimer, helado de terror, obedeció sin replicar.

—Desvístase —dijo Knork—. Póngase el pijama y métase en la cama.

—¿Qué... qué va a hacer con nosotros? —tartamudeó Larimer, lívido de pánico.

—Solo dormirlos un poco —contestó Knork—. Quiero registrar a fondo la casa.

Larimer se tranquilizó un tanto. Si solo se trataba de dormir unas pocas horas...

Minutos después, metido en la cama, recibía en pleno rostro un chorro de gas narcótico.

A continuación, Knork revisó bien puertas y ventanas. Cerró el acondicionador de aire y se dirigió a la cocina.

Abrió la llave del gas y oyó perfectamente el silbido que hacía al escaparse por una boquilla sin llama.

Paseó la vista a su alrededor. El escenario estaba bien preparado.

Botellas, vasos mediados... La policía creería que Scaly, embriagado, había olvidado de cerrar la llave del gas o la había abierto inadvertidamente.

El veredicto, por supuesto, sería de muerte accidental.

Aspiró el aire con fuerza. El olor a gas era ya muy penetrante.

—Un aroma exquisito —dijo cínicamente

CAPÍTULO VII

El doctor Grennock estudió detenidamente el electrocardiograma. Sheila, ya vestida, después del examen médico, aguardaba en silencio, con los nervios a punto de estallar.

—Doctor... —dijo, implorante.

Grennock tenía un profundo pliegue en el centro de la frente. Al verlo, Sheila temió lo peor.

—Estoy condenada, ¿verdad?

El galeno continuó guardando silencio.

Sheila lanzó un profundo suspiro.

—¡Morir tan joven! —se lamentó.

Grennock se dirigió hacia una mesa, donde había un frasquito cuentagotas. Tomó el frasco, sacó el cuentagotas y vertió un par de gotas en el dorso de su mano.

Acto seguido, y ante el asombro de la chica, lamió las gotas del líquido.

—¡Es mi medicina, doctor! —exclamó Sheila, sin poder contenerse.

Grennock continuaba guardando un obstinado silencio. De nuevo volvió a verter más gotas y a probarlas con la punta de la lengua.

Estuvo unos momentos pensativo. De repente, se volvió hacia la muchacha.

—¿Quién es su médico de cabecera? —preguntó.

—El doctor Kalavas —contestó Sheila, sorprendida.

—Kalavas —repitió Grennock—. ¿Húngaro?

—Creo que sí, doctor. Le oí hablar que salió de Budapest el año cincuenta y seis...

—¿Quién le recomendó a usted a ese médico, señorita?

—Mi jefe. Me mareé un día delante de él y dijo que tenía que consultar a un médico. El mismo me recomendó al doctor Kalavas y me habló de su excelente reputación...

Grennock soltó un bufido.

—Excelente reputación —dijo—. Un veterinario lo habría hecho mil veces mejor, y perdone la expresión.

—Pero... pero, entonces... —dijo Sheila, aturdida.

—Señorita —habló Grennock, en tono profesional—, su electrocardiograma no muestra absolutamente nada de particular, salvo una ligera deficiencia de la que luego le hablaré. Eso significa que tiene usted el corazón tan sano como una computadora IBM recién salida de fábrica.

—¡Dios mío! —dijo Sheila, con los ojos desmesuradamente abiertos.

Grennock tomó el frasco y lo levantó en alto.

—En cuanto a la medicina —prosiguió—, si mi memoria gustativa no

me falla, es, simplemente, agua destilada con azúcar de arce y unas gotas de angostura, a fin de componer un contraste agridulce que le dé cierto sabor al agua destilada. Eso es todo.

—Pero... pero entonces... el doctor Kalavas me ha engañado...

Grennock sonrió.

—Tal vez quiso emplear con usted un pequeño tru— quito psicológico —contestó—. Los enfermos se curan muchas veces con la sugestión, aunque en su caso yo le voy a dar el tratamiento adecuado.

El galeno se sentó tras la mesa y escribió unas líneas sobre una hoja de papel, con su membrete profesional. Luego se la alargó a su hermosa cliente.

—Siga ese tratamiento, señorita —dijo—. Sus mareos se deben a una ligera baja de tensión arterial, sin importancia alguna, la cual es preciso elevar de vez en cuando. Por lo demás, repito, tiene usted un corazón que es un cronómetro suizo.

* * *

—¿No hay huellas en el lugar del suceso?

—No —contestó el capitán Byss—. Para mí, esos dos tipos murieron gaseados accidentalmente.

—¿Darás ese veredicto en tu informe, Chuck? —preguntó Kelly.

—Por supuesto. Se emborracharon y se olvidaron de cerrar la llave del gas, Geo.

—¿Hay rastros de la borrachera?

El capitán Byss soltó una risita.

—Bebieron suficiente licor como para emborrachar una tripulación de piratas —contestó.

—¿Has examinado las botellas y los vasos?

—Sí. Sus huellas dactilares han aparecido, Geo. Repito que no hay duda...

—Chuck, ¿te has emborrachado alguna vez, preguntó Kelly, súbitamente.

El policía pegó un respingo.

—¡Geo!

—Vamos, vamos, Chuck, entre viejos amigos no caben engaños. Alguna vez has tenido que ir al masajista.

—¿Después de beber un par de copas de más.

—Sí, hombre, para que te diese masajes en los I— cens del brazo derecho, fatigados a fuerza de empinar el codo. Bien, cuando un hombre lleva ya cuatro o cinco copas y sigue bebiendo, sus labios se vuelven un poco pastosos... y quedan marcas en el borde del vaso. Quedan en estado normal, conque si ha bebido demasiado, imagínate.

—¡Es verdad! —exclamó Byss.

—Bueno, el asesino pudo emplear guantes y grabar muchas huellas dactilares en los vasos con las manos de sus víctimas. Pero no les puso los bordes en los labios, ¿comprendes?

—Sí, voy entendiendo, Geo. Además, falta todavía el informe de la autopsia...

—Claro, Chuck. Otra cosa, ¿cómo apareció Lanmei en su cama?

—Normal, durmiendo apaciblemente.

—Y las ropas recogidas y en orden, ¿verdad?

—Sí, es cierto.

—Chuck, un tipo que está borracho, ¿se entretiene en ponerse el pijama y dejar la habitación en orden? A lo más que llega es a quitarse la chaqueta y la corbata y a aflojarse los cordones de los zapatos. ¿Comprendes?

—¡Maldición, es un doble asesinato! —juró Byss.

—Exactamente, Chuck —corroboró Kelly.

Y colgó el teléfono.

Estaba sentado en el diván. «Sócrates», hecho un ovillo blanco, dormía a su lado.

Delante de sí, Kelly tenía una hoja de papel, en la que había trazado un esquema del caso.

En el esquema figuraban los nombres de todas las personas relacionadas con el mismo y sus posibles implicaciones.

Kelly tomó un lápiz rojo.

Los nombres de James Bedd, Larimer y Scaly quedaron tachados.

Detrás del nombre de Bedd puso un gran signo de interrogación. Significaba la incógnita acerca de los motivos de su muerte.

Los nombres de Larimer y Scaly quedaron sin signo alguno.

El motivo de su muerte era fácil de adivinar: habían fallado en el secuestro de la muchacha.

En aquel esquema figuraban también otros nombres.

De repente, sonó el teléfono.

Kelly levantó el aparato y pronunció su nombre. Inmediatamente oyó la voz de la muchacha:

—¡Geo, estoy bien, estoy bien! ¡No tengo nada en el corazón!

—¡Magnífico! —exclamó él—. ¿Dio resultado la consulta con mi amigo Grennock?

—Es un médico estupendo. Dice que tengo el corazón como un reloj suizo...

—De los buenos, claro.

—Sí. Geo... Oh, me siento más contenta. Cuando entré allí, en su consultorio, iba dispuesta a oír mi sentencia de muerte.

—Exagerada —rio Kelly.

—Se lo juro. Además, me dijo que la medicina... Bueno, en resumen, es

agua destilada, azúcar de arce y angostura.

—¡Caramba! Pero, ¿qué curandero es el que le receta semejantes mejunjes?

—El doctor Kalavas, Geo.

—¿Kalavas? —repitió él—. No lo he oído jamás, Sheila.

—Me lo recomendó el señor Conover. Un día estuve a punto de desmayarme en mi despacho y...

Sheila estuvo hablando algunos momentos. Al terminar, dijo:

—Pero no sé si podré seguir el tratamiento que me ha impuesto el doctor Grennock para elevar la presión, Geo.

—¿Acaso es muy costosa la medicina?

—No. De cuando en cuando, un café bien cargado con algunas gotas de licor... ¡y todos los días un buen filete sangrante!

Kelly soltó el trapo de la risa. Ella se enfadó:

—¡No se ría usted! ¡Si obedezco a su amigo, me pondré como un tonel!

—Ganará dos o tres kilos, que buena falta le hacen y su silueta mejorará considerablemente, preciosa. Francamente, ahora está hecha un espárrago.

—¡Oh! —dijo Sheila, ruborizada.

—Recuerdos de «Sócrates» —concluyó Kelly el diálogo.

Después de colgar el teléfono, tomó el lápiz y escribió el nombre de Kalavas en el esquema.

En el mismo renglón, añadió:

«Investigar antecedentes».

Chupó el cabo del lápiz y añadió:

«También relación con Conover».

Luego se puso en pie y se acercó al aparato registrador. Pulsó una tecla y escuchó.

Lanzó un profundo suspiro. Oír lo que se decía en el despacho de Conover no tenía nada de divertido.

* * *

—Knork, tienes que traerte a la chica.

—Sí, señor.

Las manos del individuo sumido en la sombra se movían diestramente sobre la mesa. Estaba entregado a una curiosa labor mientras hablaba.

—Está visto que no puedo confiar en otros —dijo—. Larimer y Scaly trabajaron bien, mientras no se les exigió una labor de compromiso.

—Exacto, señor.

—La chica me interesa sobre manera. Arréglatelas como puedas, pero tráemela.

—Sí, señor.

—No olvides su sistema de alarma, Knork.

—Lo inutilizaré, señor.

—Organiza el golpe de modo que no falles. Tarda varios días, si es preciso, pero consíguelo.

—Sí, señor.

—Ah, otra cosa. Parece que ese entrometido detective sigue con su funesta manía de metér las narices donde no le importa.

—¿Le parece bien que lo quite de en medio, señor?

—Sería una acción muy conveniente, Knork.

—¿Antes o después del secuestro de la chica?

—Si lo hicieras antes, nos evitaríamos investigaciones posteriores.

—Entiendo, señor.

Knork se inclinó profundamente.

—Puede estar seguro de que cumpliré al pie de la letra todas sus órdenes —concluyó.

Y se dirigió hacia la puerta.

Pero antes de salir se volvió y dijo:

—¿Señor?

—Habla, Knork.

—Se trata de Betty Seymour y de John Chatham, Ambos han sido interrogados durante largas horas es la Jefatura de Policía.

—Lo sé. Tengo la sensación de que nos van a fallar Pero este es un asunto del cual me encargaré yo personalmente, Knork.

—Como guste, señor. Buenas noches, señor.

—Buenas noches, Knork.

CAPÍTULO VIII

—¿Cómo se siente después de las primeras veinticuatro horas de tratamiento, Sheila?

—Maravillosamente, Geo. Me creo otra mujer.

—¡Nada de eso, Sheila!

—¿Por qué, Geo? —se extrañó la chica.

—Yo no quiero que sea otra mujer, sino que sea la misma, la que es actualmente.

—Ah, vamos... Aunque si sigo así, seré la misma, pero más gordita.

—No exagere. En cuanto alcance esos tres kilos que le faltaban, quedará a punto de cincel.

—¿A punto de cincel? —repitió Sheila, estupefacta.

—Sí, para servir de modelo a un escultor y que luego su estatua adorne una rumorosa fuente en un jardín clásico.

—Ahora si lo entiendo —dijo ella, visiblemente halagada—. Oiga, y esa estatua, estará... estará... bueno, vamos, usted ya me entiende, Geo.

—Sheila, la belleza, vestida o no, no ofende jamás... Es arte puro.

—Sí, claro —contestó la chica, con un poco de sorna—. Y si me esculpen con un bebé en brazos, el escultor lo titulará «Maternidad». Vaya, hombre.

Kelly se echó a reír.

Luego, dijo:

—En serio, Sheila: si ve u oye algo raro en su piso, no se alarme.

—¿Qué es lo que quiere decir ahora, Geo?

—Scaly y Larimer han muerto. Lo sabe ya, ¿verdad?

—Se emborracharon y dejaron abierta la llave del gas.

—No haga caso. Fue un crimen planeado fríamente.

—¡Oh! —se espantó la chica.

—Por eso le digo que si ve u oye algo raro en su piso que no se asuste.

He puesto una nueva alarma, todavía más efectiva que la anterior.

—¿Aún cree que volverán a intentar raptarme?

—Estoy convencido de ello, Sheila. ¡Si pudiera conocer los motivos!

—Yo no los conozco, Geo.

—Lo sé, muchacha. Bueno, tengo trabajo... Hasta la vista.

—Eso está mal dicho, Geo. Hasta el oído... porque a usted no se le ve ni con una orden del presidente de la nación... Ah, y dele recuerdos míos a «Sócrates».

—No lo olvidaré. Buenas tardes, Sheila.

Kelly colgó el teléfono. A continuación, tras unos minutos de reflexión, volvió a levantar el aparato y marcó un número.

Segundos más tarde, estaba en comunicación con el capitán Byss.

—Chuck, ¿habéis puesto vigilancia a Chatham y a Betty Seymour? —preguntó.

—Por supuesto. Tras sus declaraciones, que eran una repetición de las anteriores, los dejamos en libertad.

Pero yo estoy persuadido de que Chatham mató a Bedd»

—¿Has ordenado una investigación de los negocios de Bedd?

—Los peritos contables de Jefatura se encargan en estos momentos.

—¿Dónde realizan su trabajo, Chuck?

—En el despacho de Bedd naturalmente.

—¡Hum! Un consejo, Chuck: díles que carguen todos los libros y que continúen el examen en Jefatura.

—¡Cómo! ¿Es que temes algo?

—Por la noche, abandonan el despacho y se van a sus casas. ¿Qué pasaría si se declarara un incendio... misterioso?

—¡Rayos, Geo, tienes razón! Ahora mismo les llamaré por teléfono para que arreen con todo a la Jefatura. Gracias una vez más, detective.

—No se merecen, Chuck. Adiós.

Al terminar el diálogo, Kelly se acercó a la máquina registradora y puso en funcionamiento la cima, correspondiente a Conover.

Estuvo escuchando cosas sin importancia durante largo rato. De repente, oyó un diálogo que llamó especialmente su atención.

—¿Conover?

—Sí, yo mismo.

—Escuche, vaya esta noche a las once y media al cruce de las calles Moon y Freeland. Acuda en su automóvil y observe estrictamente los reglamentos de circulación. ¿Me ha comprendido?

—Sí, señor.

—Eso es todo. Buenas tardes, Conover.

—Buenas tardes.

La conversación se acabó.

Kelly se preguntó con quién habría de encontrarse Conover en el cruce de las calles mencionadas.

La respuesta era fácil de obtener. Bastaría que acudiera él en persona para saberlo.

* * *

—Te digo que esto no lo puedo soportar más, John.

Yo me largo.

—No seas estúpida; no tienen pruebas contra nosotros —contestó Chatham, malhumoradamente.

—No, ¿eh? ¿Y el tipo que me llamó y que imitó tu voz tan perfectamente? ¿Es que no te das cuenta de que nos detuvieron y me acusaron de haberte proporcionado una coartada falsa? Lo que sucede es

que no me lo pudieron probar... ¡pero tengo un vigilante parado frente a la casa! ¡Lo creas o no, la policía esta espiando todos mis pasos!

—Te digo que tengas calma. «El Ojo» lo arreglara todo.

—¿Cómo «arregló» a Scaly y Larimer?

Chatham respingó.

—¿Qué sabes tú de eso, Betty?

—Escucha, Sealy y yo fuimos amigos en tiempos... El envenenamiento por gas no es sino el pretexto. El tipo los quitó de en medio, ¿comprendes?

—Entonces...

—Por si acaso, yo ya estoy haciendo las maletas, John. En cuanto tenga ocasión, me largo de aquí.

—¿Adónde, Betty?

—A la Patagonia, estúpido... ¡Cuanto más lejos mejor!

Betty colgó de un manotazo el teléfono.

Estaba furiosa.

Chatham daba unas muestras de estupidez increíbles, el hombre que no es tonto, es un salvaje —masculló.

Estaba en su dormitorio, vestida solamente con un sujetador y unos pantaloncitos de encaje. Con gestos nerviosos, empezó a meter algo de ropa en un maletín.

Betty ignoraba que todos sus movimientos eran seguidos a través de un visor telescópico. Betty Seymour ignoraba que el visor telescópico estaba montado sobre un rifle cargado con proyectiles de gran poder de penetración y extremada posición. Betty, en fin, ignoraba que el rifle estaba, asimismo, provisto de silenciador.

Murió ignorando todos estos extremos, sin saber siquiera qué había significado aquel golpe en su cráneo.

* * *

Parado en una de las esquinas del cruce, Kelly observaba las dos calles, Moon y Freeland.

Dada la hora, la circulación era mínima. Consultó su reloj; faltaban noventa segundos para las once y media.

A esa hora, Gregory Conover pasaría su cnche por el cruce, observando escrupulosamente el código de la circulación. Kelly contempló el segundero hasta que vio que ya solo quedaban veinte segundos para la hora prefijada.

Los semáforos estaban en «intermitente», lo que indicaba precaución. De pronto, Kelly divisó un automóvil que avanzaba a moderada velocidad hacia el cruce.

—Conover —murmuró.

Conover venía por la calle Moon, procedente del Sur. Otro automóvil apareció de pronto por la calle transversal, siguiendo hacia el Oeste.

El segundo automóvil iba un poco más rápido. Kelly se irguió.

—Si no modera su marcha...

El conductor no la moderó y el encontronazo se produjo con gran estruendo de vidrios rotos y metales abollados.

Kelly usaba principalmente el teléfono para sus investigaciones, pero cuando llegaba la ocasión, también sabía usar la pistola. Maquinalmente, metió mano bajo la chaqueta.

Los escasos viandantes que había por la calle volvieron la cabeza al oír el estrépito del choque. Casi en el acto, brotó una llama de uno de los dos vehículos.

—¡Se incendian! —gritó alguien.

Conover abandonó su coche tambaleándose. Tenía un ligero rasguño en la frente, pero no parecía haber sufrido mayores daños.

Otro hombre abandonó el vehículo causante de la colisión. Era de regular estatura, ancho de hombros y de frondosa cabellera negra. De súbito, las llamas brotaron con renovada intensidad.

—¡Aléjense! —gritó un hombre—. ¡Los tanques de carburante van a estallar!

Los dos automovilistas y los curiosos echaron a correr. Un policía de la ronda de noche hizo sonar su pito ruidosamente. A lo lejos se oía ya la sirena de un coche de patrulla.

En pocos segundos, los dos coches se convirtieron en una inmensa hoguera. Acudieron los bomberos a sofocar el incendio y también acudió la patrulla de tráfico, para instruir las primeras diligencias sobre el accidente.

—El culpable he sido yo —se acusó afligidamente uno de los conductores—. Estaba distraído, pensando en un caso muy grave que tengo en uno de mis pacientes.

—¿Es usted médico? —le preguntó el jefe de la patrulla.

—Sí, sargento. Me llamo Kalavas, Fetsi Kalavas y vivo en...

Kelly estaba cerca, escuchando la conversación como un Curioso más. Al oír el nombre de Kalavas, una especie de timbre de alarma empezó a rechinar instantáneamente en su cerebro.

* * *

Unas manos enguantadas en negro manipularon en la cerradura de la puerta. Al cabo de unos segundos, la cerradura cedió.

Ninguna de las dos personas que estaban en el piso oyó el ruido que hacía la puerta al abrirse. John Chatham estaba estrechamente abrazado a una rubia de físico exuberante y escaso atavío.

—No sé si he hecho bien en venir aquí —dijo ella.

—¿Por qué? —preguntó Chatham, besándole uno de los mórbidos hombros.

—Me dijeron que tú y una tal Betty Seymour...

—¡Tontería, Millie! Betty y yo rompimos hace mucho tiempo.

—Pero os— llamaron a declarar juntos a la Jefatura.

—Eso no tiene nada que ver con nosotros dos, Millie. Las sospechas resultaron completamente infundadas. Bedd y yo éramos los mejores amigos del mundo. ¿Y quieres saber la verdad?

Chatham soltó una mentira desvergonzada:

—Betty y Bedd sí que eran... Bueno, eso, ¿comprendes? Por eso la dejé yo, porque me enteré de que me engañaba y... Pero tú no me engañarás, ¿verdad, preciosa?

La rubia le dirigió una intensa mirada.

—Voy al baño un momento —dijo.

—Bueno, pero no tardes, Millie.

—Estaré lista dentro de un minuto, querido.

Chatham se quedó solo. ¡Esa Betty era una estúpida! ¡Mira que llegar a creer que «El Ojo» iba a hacerles algo malo!

—Se necesita ser tonta —masculló, mientras alargaba la mano hacia la caja de cigarrillos que tenía en la mesita contigua al diván.

En aquel momento, presintió que no estaba solo.

Volvió la cabeza. Un sudor frío brotó de su frente en el acto.

Había un hombre bajo el dintel de la puerta. Vestía enteramente de negro, con sombrero echado sobre los ojos y grandes gafas oscuras. En la mano derecha llevaba una pistola provista de silenciador.

Chatham empezó a levantarse, lleno de terror. El silencioso proyectil que brotó del arma lo lanzó de nuevo sobre el diván.

Segundos más tarde, se oyó un vivo taconeo en el interior de la casa. Ataviada con un peñador de sutiles encajes, debajo del cual no llevaba ninguna otra prenda, Millie se asomó a la puerta del salón.

—Johnny, estoy lista... —empezó a decir melosamente.

Se calló, con la boca hecha una O roja. Sus ojos también estaban desmesuradamente abiertos.

Millie estuvo así unos instantes. Luego empezó a chillar.

CAPÍTULO IX

Geo Kelly llegó a su casa, se quitó la chaqueta y el arnés con la pistola y se dispuso a servirse una copa.

«Sócrates» dormía en el diván, hecho una bola de seda blanca. El felino abrió un ojo, comprobó que era su amo y continuó su sueño apacible.

Kelly estaba preocupado. Sí, Conover había acudido al lugar de la cita, pero... ¿solo para que su automóvil chocara con el del doctor Kalavas?

En el esquema de los personajes del crimen había hecho dos anotaciones sobre Kalavas: investigar sus antecedentes y sus relaciones con Conover.

Sin embargo, después del accidente, ninguno de los dos hombres había dado muestras de conocerse.

¿Se desconocían mutuamente?

Si ambos obedecían al misterioso individuo que se decía llamar «El Ojo», cabía esa posibilidad. «El Ojo» debía de procurar que sus... esbirros no se conocieran entre sí, por lo menos, a partir de cierto rango. Conover era un hombre de importancia en el mundo de los negocios.

A Conover no se le podía dar el mismo trato que a Scaly y Larimer; no se le podía obligar a actuar como un hampón... pero sí a realizar determinados actos, como por ejemplo ser víctima de una colisión automovilística.

—El incendio ha sido de los gordos —masculló, mientras se servía una copa.

Pero el licor no llegó a caer en el recipiente.

La mano de Kelly quedó paralizada, con la botella todavía sin inclinar.

—¡Dios mío! —exclamó, sin poder contenerse.

Dejó botella y copa y corrió hacia el teléfono.

—Con el capitán Byss —pidió al telefonista nocturno de la policía—. Es urgentísimo. Llámeme dondequiera que esté y dígame que la llamada procede de su amigo. Kelly.

Los momentos que transcurrieron hasta que la conexión fue establecida resultaron angustiosos para el detective. Al fin, pudo captar la voz de su amigo el policía.

—¿Qué te ocurre ahora, Geo? Estoy muy ocupado.

—¿Acaso con la muerte de John Chatham?

—¡Rayos, sí! ¿Cómo lo has averiguado? Apenas hace unos minutos que he recibido la noticia.

—Chuck, tenías a un agente vigilando la casa de Chatham, ¿no es eso?

—En efecto.

—Esta noche, alrededor de las once y media, chocaron dos automóviles y se incendiaron. Hubo bastante jaleo en la calle. Yo estaba allí, y como

todos los que presenciáramos el suceso, acudí a socorrer a los conductores.

—Es cierto. Geo. El agente que tenía vigilando a Chatham, acudió también. ¿Quién dejaría de hacer una cosa semejante, viendo a dos personas en trance de morir achicharradas?

—Es exactamente lo que calculó el asesino. A favor de la confusión, se infiltró en casa de Chatham y... ¿cómo lo liquidó?

—De momento, puedo decirte un tiro en la cabeza. Chatham estaba acompañado y ahora nos ocupamos de interrogar a la pájara que se hallaba jun o a él. Mi primera impresión, sin embargo, es que no tiene nada que ver con el asunto.

—Bueno, eso ya queda de tu cuenta. Chuck, como quiera que sea, «El Ojo» nos ha tomado el pelo lindamente. Y otra cosa: ¿qué sabes de Betty Seymour?

—Nada. El agente que la tengo vigilando dice que todo está normal. Hay luz en el piso, pero no puede ver lo que pasa, porque está a bastantes metros sobre la calle.

—Chuck, en tu lugar, yo enviaría al agente al propio departamento de la Seymour. Si era cómplice de Chatham y le ayudó en la coartada y Chatham ha muerto, ¿por qué ella ha de continuar con vida?

—¡Cielos, no seas agorero, Geo! ¡Ahora mismo daré la orden para que el agente vigile a la Seymour desde su propio piso!

Kelly dejó el teléfono con gesto de profunda preocupación.

Una cosa había de toda evidencia: el accidente había sido planeado fríamente, para poder dar tiempo al asesino a entrar en la casa de Chatham.

Conover había obedecido ciegamente las órdenes de «El Ojo». ¿Por qué estaba supeditado a tan siniestro individuo? ¿Qué motivos le hacían cumplir sin rechistar el menor de sus mandatos?

Kalavas había tratado a Sheila de un modo deliberadamente erróneo. ¿Formaba también parte el médico húngaro de la organización montada por «El Ojo»?

¿Era el propio Kalavas aquel archicriminal que se hacía llamar a sí mismo «El Ojo»?

«Será cosa de averiguarlo», se dijo.

Y la primera gestión que habría de realizar sería una visita al doctor Kalavas.

De repente, vio que el gato se despertaba y bufaba sordamente.

Todos los pelos del cuerpo de «Sócrates» se erizaron, a la vez que su boca se abría y emitía unos gruñidos nada tranquilizadores, aunque de un volumen solo perceptible por su dueño.

Kelly se puso rígido. Aquella, en apariencia, infundada cólera del felino solo tenía un motivo: alguien hostil a la casa se estaba acercando a través del jardín.

Las luces de la residencia estaban apagadas, Knork pisaba con suma delicadeza, evitando hacer el menor ruido en todo momento.

Llegó a la puerta y la tanteó suavemente, en especial junto al marco. No parecía que hubiera sistemas de alarma.

Sacó unas ganzúas y probó algunas, hasta dar con la adecuada. Luego, una vez abierta la cerradura, empujó la puerta unos centímetros.

El silencio continuaba. No, no había timbres de alarma ni células fotoeléctricas que accionasen estridentes sirenas.

Abrió un poco más. Todo estaba a oscuras en la casa. No, había algo de luz en el interior, un resplandor difuso, de poca intensidad y de tonos grisáceos, que iluminaba solamente un pequeño sector del salón.

De repente, Knork oyó algo que le erizó los cabellos.

Era el gruñido de una fiera, un gran felino, que parecía estar agazapado en la oscuridad, aguardando solamente el momento de caer sobre él.

La fiera se hizo visible de pronto, a diez o doce pasos de distancia. Era un gran leopardo manchado, que caminaba lentamente, seguro de sí mismo, seguro de capturar su humana presa.

El leopardo se detuvo y enseñó sus enormes colmillos, a la vez que lanzaba un terrorífico rugido.

Knork se espantó. El felino saltó hacia adelante, rugiendo de forma aterradora.

El intruso ya no quiso ver más y dio media vuelta, lanzándose hacia la salida a todo correr. Los rugidos continuaban a sus espaldas. En cualquier instante creía Knork sentir las garras de la fiera en sus hombros y sus colmillos en la nuca.

Oyó blandas pisadas tras él. Los rugidos continuaban. Knork se sentía loco de pánico.

Volvió la cabeza un instante. El asombro más absoluto se pintó en sus facciones.

¿Por qué misteriosas artes diabólicas se había convertido el leopardo en un hombre?

Durante una fracción de segundo, Knork recordó historias de brujería africana: hombres que se transformaban en leopardos y viceversa. Luego giró sobre sus talones; dispuesto a enfrentarse con su adversario.

Entonces, un puño cayó sobre su mandíbula con da— moledores efec os y le hizo volar por los aires, hasta caer sobre un macizo de flores.

Knork luchó contra la debilidad que le invadía. Haciendo un esfuerzo, consiguió sacar un objeto de su chaqueta.

En aquel instante, Kelly cafa de nuevo sobre él. Un chorro de vapor le dio en un lado de la cara.

El detective sintió vértigo. Todo dio vueltas a su alrededor.

Era un gas narcótico, no cabía la menor duda. Su suerte había sido que el chorro principal no le había alcanzado de lleno.

A pesar de todo, vaciló y se tambaleó, mientras las imágenes se deformaban y oscilaban ante sus ojos. Un último resto de instinto vital le hizo tirarse al suelo, en el preciso instante en que delante de él brillaban dos silenciosos fogonazos.

Una de las balas rozó su hombro izquierdo, a la altura de la articulación, produciéndole una vivísima sensación de quemadura. La otra se perdió inofensivamente en el suelo.

Aturdido, sintiendo unas horribles náuseas, continuó tendido boca abajo, impotente para reaccionar. Rumor de pasos rápidos que se alejaban llegó a sus oídos.

Luego, volvió el silencio. Poco a poco, Kelly sintió que sus pulmones se limpiaban del gas narcótico.

El atacante había huido. ¿Por qué no había rematado su labor asesina?

La respuesta era fácil: había creído derribarle con sus disparos y había escapado, para no perder allí más tiempo.

Al cabo de unos momentos se puso en pie y caminó hacia la casa.

Se sirvió una copa, que le entonó considerablemente. Luego se dispuso a desmontar el proyector que había hecho ver a Knork un leopardo completamente inexistente.

«El único felino que hay es “Sócrates”, y gracias a él estoy vivo», soliloquió, mientras se disponía a acostarse, después de una noche nada tranquila.

* * *

El doctor Kalavas terminó su examen y luego indicó al paciente que ya podía vestirse.

—Hablando con franqueza, señor Miller —dijo—, yo le encuentro a usted completamente normal. —Algo de palidez, producto sin duda de una leve pero intrascendente anemia, la lógica baja de presión... pero nada que no se cure con una medicación adecuada y una alimentación, sana y abundante. —El señor Miller se anudó la corbata. Luego empezó a ponerse la chaqueta, en la que podía verse una hermosa camella blanca.

—Le recetaré unas gotas para que entone la presión y eso será todo, señor Miller —siguió el galeno—. Procure comer normalmente, sin excederse en las grasas, por supuesto: ocho o nueve horas de sueño y aire puro, mucho aire puro, de montaña, a ser posible. En dos semanas, será otro, créame.

El señor Miller sonrió mientras el doctor Kalavas extendía la receta. El doctor Kalavas se habría extrañado muchísimo de saber que la camella era artificial y que ocultaba un micrófono.

El aparatito captaba fielmente todos los sonidos, y por medio de un

cable, los conducía a una minúscula grabadora escondida en la chaqueta de su paciente. El doctor Kalavas, naturalmente, ignoraba todos estos extremos.

Terminó de escribir y entregó la receta a su cliente.

—Sus honorarios, doctor —rogó el señor Miller.

—La enfermera, por favor —contestó el galeno.

—Muchas gracias, doctor —se despidió el señor Miller.

En la antesala, el señor Miller abonó el importe de la consulta médica a la enfermera secre aria del doctor. Luego, con paso medurado se dirigió hacia la salida.

En la calle, el señor Miller se transformó en Geo Kelly.

«Tengo un hambre atroz», dijo entre dientes.

Buscó un restaurante y encargó un buen filete con patatas fritas. Ni la anemia ni la presión baja eran artificiosas.

Antes de dirigirse a la consulta del doctor Kalavas, Kelly había estado en un centro benéfico y había donado cuatrocientos gramos de sangre para la Cruz Roja. Ello había provocado cierta palidez en su cara y, naturalmente, la baja en la tensión arterial.

El filete, acompañado con un buen vaso de leche, restauró sus fuerzas en buena parte. Una vez hubo terminado, salió a la calle y emprendió el regreso a su casa.

Sentíase ansioso de comparar la voz del doctor Kalavas con la del hombre que había ordenado a Conover estar a las once y media en el cruce de las calles Moon y Freeland.

Apenas hubo abierto la puerta, oyó que sonaba el timbre del teléfono.

CAPÍTULO X

Era Sheila Pinkerton.

—Hace rato que le he llamado —dijo la chica.

—Lo siento —se excusó Kelly—. Estuve ausente.

—¿Trabajando?

—¿Puede dudarle, Sheila?

—No, ya me lo figuré. ¿Alguna noticia, Geo?

—Habrá leído los periódicos, me imagino.

—Sí, desde luego. Es horrible...

—Betty Seymour y Chatham murieron asesinados. «El Ojo» no perdona, Sheila.

—Eso es lo que he podido apreciar. Geo, yo me siento aterrada. ¿Qué tengo yo que ver con todos estos crímenes?

Kelly meneó la cabeza.

—Trato de averiguarlo, Sheila, es todo lo que puedo decirle por ahora.

—Sí, ya me lo imagino. Bueno, Geo, hablaremos más extensamente otro rato. Ahora tengo algo de prisa; he de ir a ver a mi abogado.

El detective se sorprendió.

—¿Está metida en jaleos legales, Sheila?

—No, se trata de mi pensión.

—¿Pensión? —repitió él.

—Sí, mi abuelo se hizo un seguro de vida a favor de sus hijos... es decir, de mis padres, pero como estos murieron, yo soy ahora la beneficiaria de la pensión... Oh. Kelly, no se vaya a creer que es gran cosa; unos ciento veinte dólares al mes... pero no estoy en situación de desecharlos.

—Me lo imagino —sonrió Kelly.

—Hablaremos otro rato, Geo... Ah, ¿en qué consiste la alarma nueva que usted ha puesto en mi casa?

Kelly sonrió.

—Ya lo verá citando llegue la ocasión, Sheila —contestó evasivamente—. Hasta la vista.

—Adiós. Geo.

Kelly colgó el aparato. Se quitó la chaqueta y sacó la grabadora, pero no tuvo tiempo de utilizarla.

De nuevo sonó el teléfono. Kelly hizo un gesto de enojo, pero volvió a levantar el aparato.

—¿Quién es?

—Byss —contestó escuetamente el policía—. Tengo noticias para ti, sabueso.

—Interesante... —murmuró Kelly—. Suéltalas ya. Chuck.

—Primero, a la Seymour la mataron desde la casa de enfrente, con un rifle. Silenciador, mira telescópica y todo lo demás.

—Sí, continúa.

—Por lo visto la Seymour pretendía largarse, pero el asesino no le dio tiempo.

—El asesino supo que ella y Chatham habían sido conducidos a Jefatura. De momento, no habíais podido proceder contra ellos, pero quiso prevenirse contra un posible desfallecimiento por parte de alguno de los dos.

—Sí, muerto el perro se acabó la rabia —masculló el policía, coléricamente.

—Exacto. ¿Hay más, Chuck?

—Sí, irregularidades en los libros de James Bedd. Están a salvo, claro.

—Me lo había figurado —dijo Kelly, sin inmutarse—. ¿Mucho dinero?

—Un par de cientos, Geo.

—De miles, claro, centenares de millar.

—¡Hombre, no iban a ser solo veinte o treinta centavos! ¿Pudo ser eso la cause de la muerte de Bedd?

—Dime otra, Chuck.

Byss suspiró.

—No, no encuentro otra causa —contestó—. Hasta la vista, Geo.

Kelly dejó el aparato sobre la horquilla.

«Bueno, vamos a ver si ahora podemos trabajar a gusto», soliloquió.

Sacó la grabadora y la preparó. Luego puso en funcionamiento la otra grabadora, en la cual se hallaba registrada la voz de «El Ojo».

Se llevó una gran decepción.

Las voces de «El Ojo» y la del doctor Kalavas eran completamente distintas.

—Bien —murmuró Kelly—, está claro que Kalavas no es «El Ojo», pero obedece a «El Ojo».

Sacó el esquema en el que constaban los nombres de todos los implicados en el caso y meditó durante unos momentos, mordiendo distraídamente el cabo del lápiz.

Al cabo de un par de minutos, escribió:

«¿Sería conveniente tenderle un lazo a Kalavas?»

Sí, un lazo, se dijo, porque la acción directa no daría resultado.

El problema estribaba ahora en saber qué clase de trampa podría dar mejor resultado.

¿Una llamada telefónica a Kalavas, imitando la voz de «El Ojo»?

* * *

—El detective es listo, endiabladamente listo —se quejó Knork—. Yo creí haberlo matado, pero me engaitó, tirándose al suelo... y luego el susto

que me dio con su leopardo amaestrado...

—No seas tonto, Knork. Sin duda, se trataba de una proyección cinematográfica.

—Sí, pero yo creí que la fiera era auténtica.

—Está bien, está bien... Knork, yo me encargaré de Kelly. Tú ocúpate de traerme a la chica.

—Sí, señor. ¿Esta noche?

—Si puedes hacerlo, mejor que mañana.

Knork inspiró con fuerza.

—Esta vez, si me sale un leopardo, dispararé contra la pantalla y la haré saltar en pedazos —prometió, a la vez que sacaba el pecho fanfarronamente.

Acto seguido, Knork se retiró a su habitación y empezó a preparar las «herramientas» que le serían precisas para el secuestro.

Sheila dormía apaciblemente, ignorante en aquellos momentos de lo que trataban los dos individuos. Y seguía durmiendo varias horas después, cuando Knork, muy avanzada la noche, llegó ante la puerta de su piso.

Durante largo rato, Knork trabajó activa y concienzudamente, desconectando las alarmas sonoras. Al cabo de casi una hora de labor, pudo considerarse vencedor.

Abrió la puerta palmo a palmo. Deliberadamente, hizo movimientos que deberían haber hecho sonar las alarmas. No ocurrió nada.

Tranquilo al respecto, dio dos pasos. Dentro de la casa, el silencio era absoluto.

Al tercer paso, se encendió una luz vivísima, cuyo resplandor le dio de lleno en los ojos y llegó hasta su cerebro, dejándolo ciego.

Durante unos momentos, Knork solo pudo ver manchas rojas delante de sus pupilas. Manoteó furiosamente, intentando encontrar el proyector de destellos, pero no pudo encontrarlo.

Pasaron varios minutos antes de que Knork pudiera recobrar la visión normal. Sacó unas gafas de color, se las puso, inspiró con fuerza y saltó hacia adelante.

El destello se repitió, todavía más cerca. Nuevamente quedó deslumbrado Knork, a pesar de las gafas oscuras, si bien en esta ocasión el deslumbramiento duró menos que la vez anterior.

Era evidente que el detective había sembrado de obstáculos el piso de la muchacha. Pero él seguiría adelante, a pesar de todo.

Avanzó cuatro pasos más. Por tercera vez se repitió el destello, ahora con una potencia luminosa tal, que Knork creyó enloquecer.

Aquella luz traspasaba todos los obstáculos y llegaba hasta su cerebro, causándole la sensación de ser una barra al rojo vivo. Se arrodilló, gimiendo sordamente, incapaz de soportar el sufrimiento.

En su habitación, Sheila estaba despierta, con las manos crispadas sobre

el embozo de la sábana. ¿Qué significaban aquellos formidables relámpagos?

¿Debía hacer algo o era mejor que continuase quieta?

Armándose de valor, saltó de la cama y corrió hacia el armario. Allí tenía un paraguas. La punta era bastante afilada.

—Puede servir... y si se empuja con fuerza, debe de hacer bastante daño —se dijo resueltamente.

Corrió hacia la sala. Al llegar a la puerta, vio que se cerraba la de entrada al piso. Por un momento, dudó en seguir al misterioso visitante, pero luego pensó que lo mejor sería quedarse quieta.

Se acercó a la puerta y echó el candado de seguridad. Había sido inutilizado por su misterioso visitante, pero funcionaba otra vez.

Luego colocó un pesado sillón junto a la puerta. Si el asaltante quería volver a entrar, le costaría mucho más trabajo y tendría tiempo de avisar a la policía.

* * *

—De modo que el tipo entró y se marchó sin hacerle nada —dijo Kelly al día siguiente, cuando acudió llamado por Sheila.

—Sí, yo vi brillar unos fogonazos muy intensos.

Kelly sonrió sibilinamente.

—Ya le dije que había una alarma nueva —contestó.

—Sheila, esos fogonazos podrían haberse percibida en la noche a más de veinte kilometres de distancia Sin ninguna dificultad.

Ella le contemplo con ojos de pasmo.

—Pero lo mejor de todo es la segunda parte —añadió el detective—. Espere un momento, se lo ruego.

Kelly se acercó a un aparador en el que había un gran jarrón de vidrio verde, muy decorativo. La bocas del jarrón era bastante grande y Kelly pudo meter la mano por ella sin ninguna dificultad.

Sheila vio entonces una cámara fotográfica de *revelado* instantáneo.

—Cielos, ha fotografiado usted al intruso.

—Sí, justamente.

—¿Y los *flashes*, Geo?

Kelly le señaló el dintel de la puerta. Encima había lo que parecía una galería para sostener unas cortinas.

—Están dentro y funcionan automáticamente cuando alguien entra en el salón sin encender la luz. Una célula fotoeléctrica, que no se activa a partir de determinada intensidad de luz, los hace destellar. Uno de ellos, como digo, podría ser percibido a más de veinte kilómetros.

—Pero... pero las lámparas no se ven...

—Están ocultas por unas puertecitas hechas en la misma galería. Cuando la célula se activa, la puerta se abre y se dispara el conmutador. El

intruso huyó, simplemente, porque no podía soportar los fogonazos.

Blandió la cámara.

—Pero aquí tenemos su imagen —dijo.

Momentos después, extraía la placa. A los diez segundos, la fotografía estaba revelada y positivada.

Kelly y Sheila contemplaron la imagen de un hombre alto, robusto, de anchos hombros y cara cuadrada, vestido enteramente de negro. El hombre había sido sorprendido en el acto de caminar cautelosamente y su cara expresaba claramente el asombro que sentía al verse enfocado por un destello luminoso.

—¿Lo conoce usted, Sheila? —preguntó Kelly al cabo de unos segundos.

—Yo, no. ¿Y usted, Geo?

—Tampoco... pero es posible que un amigo mío pueda identificarlo. Me refiero al capitán Byss, por supuesto.

Kelly dejó cámara y fotografía a un lado. Sacó un cigarrillo y se lo puso entre los labios.

—Sheila, ¿qué relación tiene Conover con «El Ojo»?

La chica se encogió de hombros.

—Lo siento, Geo —contestó—. Hay asuntos particulares que él lleva en persona, de un modo absolutamente exclusivo.

—Es una lástima —se quejó el detective—. Si pudiéramos averiguarlo...

—El único, quizá, que podría habernos dicho algo era su abogado... que también era el mío —manifestó Sheila—. Morton Bradford y Conover eran carne y uña... pero Bradford murió hace varias semanas y ahora hay otro en su lugar. Naturalmente, lo que pueda saber el sustituto de Bradford respecto a Conover se referirá únicamente a asuntos legales, pero no sabrá nada de sus negocios estrictamente privados.

—Comprendo —murmuró Kelly—. De todas formas, Conover no es, por el momento, mi objetivo principal, aunque no debemos perderlo de vista. Mi principal objetivo, ahora, es el doctor Kalavas.

Sheila estaba en antecedentes de lo que había hecho Kelly y asintió.

—¿Qué hará con Kalavas? —inquirió.

—Tenderle una trampa —contestó Kelly. Tenía el ceño fruncido—. Y puede ser la tienda también a Conover, al mismo tiempo.

—¿Cuál es su plan? ¿Puedo saberlo?

Kelly sonrió.

—No sea curiosa —dijo.

Ella le miró, sonriendo también.

—Geo, ¿por qué se toma tantas molestias por mí? —preguntó.

—Quizá sea por la minuta de honorarios que pienso sacarle cuando termine el caso —respondió alegremente el detective.

—Y... ¿ascendería a mucho esa minuta, Geo?

—Tendré que pedirle que me pague con su vida, Sheila —dijo él, ahora insólitamente serio.

CAPÍTULO XI

El capitán Byss contempló la fotografía y meneó la cabeza.

—Esta cara no me «suen» —dijo—. Pero la enviaré al archivo y haré que revisen todas las fotografías de tipos parecidos. Además, enviaré copias a todos los agentes que patrullan las calles, para que procedan a la detención del tipo si lo encuentran.

—Adviérteles que es peligroso y que, con toda seguridad, irá armado —dijo Kelly.

—Lo tendré en cuenta. ¿Sigues en el caso, Geo?

—No puedo abandonarlo hasta que acabe. Chuck.

—¿A causa de la chica?

—Sí. ¿Por qué quieren secuestrarla?

El capitán Byss se acarició la mandíbula pensativo.

—Sí, eso es lo más raro del asunto. ¿Por qué quieren secuestrarla?

—Ella dice que de los asuntos estrictamente reservados de Conover no sabe absolutamente nada.

—Por tanto, el motivo del secuestro habrá que buscarlo en otras fuentes.

—Así lo creo yo, pero, por momento, no se me ocurre ninguna idea —Kelly se puso en pie—. Avísame en cuanto sepas algo del tipo.

—Descuida, Geo.

Kelly regresó a su casa. Durante un buen rato, estuvo planeando la siguiente operación.

Tenía que retirar el aparato transmisor que había dejado en el despacho de Stanton. Era un aparato complicado y no tenía otros ejemplares. A pesar de hallarse en el despacho de Stanton, solo captaba lo que se hablaba en el de Conover, debido sobre todo a la antena direccional especialmente concebida para el caso.

Mientras no tuviese el aparato en su poder, no le convenía dar ningún otro paso. Dejó transcurrir las horas sin prisa, durmió apaciblemente y, a la mañana siguiente, se dirigió a las oficinas de Conover y Compañía.

La recepcionista le informó que Conover no le recibiría.

—Debe acordar la entrevista previamente —dijo.

—Sí que es un tipo importante —fingió admirarse él detective—. ¿Qué me dice del señor Stanton?

—Lo intentaré, señor.

Momentos después, Kelly tenía la respuesta:

—El señor Stanton accede a recibirle.

Kelly dio las gracias y entró en el despacho de Stanton, quien inmediatamente se puso en pie al verle.

—Es un placer, señor Kelly —saludó cortésmente—. ¿En qué puedo

servirle?

—Deseaba hablar con el señor Conover, pero me ha sido imposible —contestó el detective—. Quizá usted...

—Si me dice de qué se trata...

—Importación de quesos de Holanda —respondió Kelly sin pestañear. Stanton respiró.

Aquel tipo... ¿Quién le había hablado tiempo atrás de importar tulipanes de Holanda? Ah, sí, un coronel chiflado, del que más valía no acordarse.

—Lo siento, señor Kelly, pero no nos dedicamos a esta clase de negocios —contestó, jugueteando negligentemente con un cortaplumas de metal.

Kelly se fijó en el cortaplumas de modo instintivo. Esbozó una sonrisa y dijo:

—Temo haberme equivocado. En ese caso, le he robado su precioso tiempo, señor Stanton.

—Oh, estamos aquí para servir a los clientes —contestó el individuo con benevolencia—. Si se tratase de otro artículo, tal vez...

—Dígame usted cuál y yo veré de incluirlo en un posible negocio, de mutuos beneficios —manifestó Kelly.

Stanton contempló fijamente al individuo que tenía ante sí.

—Maquinaria —dijo—. Maquinaria de precisión. ¿Le interesaría?

—Tal vez —respondió el detective—. ¿Tiene catálogo?

Stanton rebuscó entre su mesa.

—Espere, veré a ver si mi socio...

Se puso en pie y pasó por la puerta de comunicación al despacho de Conover. Rápido como el rayo, Kelly corrió hacia el lugar donde estaba el transmisor, lo separó de su sitio y lo guardó en el bolsillo.

Luego, sigilosamente, manipuló el conmutador del interfono. La voz de Conover sonó con tonos de irritación:

—Mándalo al diablo, Frol. Con buenas palabras, si quieres, pero quítate a ese latoso de encima.

—O. K., Greg.

Stanton regresó a su despacho.

Lo encontró vacío.

Una chispa de cólera brilló en sus ojos. Empezó a pensar que el señor Kelly y el coronel chiflado que quería importar tulipanes de Holanda eran una misma persona.

* * *

Había algunas luces en la casa, pero no parecía habitada en aquellos momentos. Moviéndose con menos ruido que habría hecho «Sócrates», Kelly avanzó hasta situarse al pie de una de las ventanas de la planta baja.

El detective vestía jersey negro de cuello alto y pantalones del mismo color. Aquella ventana no le interesaba.

Pasó a la siguiente. Era un cuarto mitad de trabajo mitad de descanso, amplio, de elegante y severa decoración y con estanterías repletas de libros lujosamente encuadernados.

El lugar ideal para conferenciar telefónicamente con «El Ojo», pensó Kelly.

Levantó el bastidor. Instantes después, se hallaba en el despacho.

La mesa, pensó, era el lugar más adecuado para colocar el aparato. Kelly efectuó ciertas manipulaciones en el mismo y lo situó en un lugar donde resultaba imposible su localización, a menos que se conociera de antemano.

Terminada la operación, se dispuso a marcharse. Entonces, inesperadamente, se abrió la puerta y una mujer entró en el despacho.

Ella dio dos pasos dentro de la estancia y se detuvo, contemplando de hito en hito al intruso. Era hermosa, alta, de formas opulentas y frondosa cabellera rojiza. Aunque no era una jovencita, Kelly se dijo que no aparentaba en absoluto los treinta años que debía de contar.

Era una mujer serena, dueña de sí misma. La presencia de Kelly la sorprendió, pero no la alteró.

—¿Ladrón? —preguntó a media voz.

Kelly se inclinó galantemente.

—Su clarividencia es insuperable, señora Conover —dijo.

—¿Ha encontrado algo en el despacho?

—Todavía no, señora. Acababa de entrar cuando usted me sorprendió.

Ella sonrió.

—Si le parece, podríamos buscar juntos y nos repartiríamos el botín —dijo.

Kelly arqueó las cejas.

—No entiendo, señora Conover —dijo.

—En primer lugar, no soy la señora Conover y, en segundo lugar, mi hermano me tiene a dieta.

El detective recorrió con la vista la espléndida silueta de la mujer que se hallaba ante él.

—No creo que pueda quejarse usted de mala alimentación, señora —sonrió.

—No se haga el tonto. Me refiero a dieta... —ella frotó los dedos índice y pulgar significativamente.

—En resumen, que no le da dinero suficiente para sus gastos.

—Sí, así es.

Kelly sonrió.

—Usted me está proponiendo que robe a su hermano y que le dé a usted la mitad de lo que encuentre —dijo.

—Exactamente.

—¿Hay mucho dinero?

—Nunca tiene a mano menos de veinticinco mil dólares. A veces, incluso, el doble.

—¿Está él en casa?

—Volverá muy tarde. Hay tiempo de sobra —dijo la mujer, entrecerrando los párpados, espesamente maquillados.

—No puedo negarme, ¿verdad?

—Llamaría a la policía —aseguró ella, muy seria.

Kelly suspiró.

—Está bien, me resigno. ¿Hay alguna caja fuerte aquí? —preguntó.

—Acérquese.

Kelly obedeció. La mujer hizo girar un cuadro y dejó una caja fuerte al descubierto.

—Ustedes, los ladrones finos, abren estas cajas a base de dedos y oído —dijo.

—Usted ha visto muchos telefilmes, señora.

Ella sonrió.

—Pero, en su caso, no me equivoco. Su nombre, por favor.

—Geo.

—¿Qué más?

—¿Importa eso ahora?

—No, tiene razón. Yo me llamo Daisy.

Kelly volvió a mirar a Daisy y sonrió. Luego, acercándose a la caja fuerte, se echó aliento en las yemas de los dedos y empezó a hacer girar la rueda de cierre.

Ella le contemplaba ansiosamente, los labios entreabiertos y el seno palpitante. Al cabo de unos minutos, Kelly dio media vuelta a la manija y tiró de la puerta.

El interior de la caja quedó al descubierto. Kelly extrajo varios fajos de billetes.

—Cuéntelos, Daisy.

La mujer se los llevó a la mesa. Kelly quedó junto a la caja fuerte.

Con un ojo miraba a la mujer, que contaba ávidamente el dinero. Con el otro, trataba de hallar en la caja algo interesante.

De repente, vio un sobre que llamó su atención. Lo sacó un poco y leyó algo en su anverso que le dejó estupefacto:

Asunto Sheila Pinkerton

El sobre desapareció bajo el jersey negro. Kelly lo sujetó además con el cinturón de los pantalones y luego, tras cerrar la caja y volver el cuadro, se acercó a la mesa de despacho.

Daisy le entregó dos fajos de billetes.

—Veinte mil dólares —dijo—. La mitad de lo que había.

Kelly apreció que ella se quedaba con bastante más de la cifra mencionada, pero no hizo ninguna objeción.

—Un buen golpe —sonrió—. Para ambos, claro.

Ella le dirigió, una mirada apreciativa.

—Me gustas, Geo —dijo de pronto.

—Cuánto honor —contestó él con moderado sarcasmo.

Daisy avanzó dos pasos más y le puso las manos sobre los hombros.

—No pareces un ladrón.

—Pero lo soy.

—Eso no me importa en absoluto. ¿Tienes mucha prisa?

—Tu hermano...

—Greg vendrá hoy muy tarde.

Los labios de Daisy eran terriblemente incitantes. Además, el atavío era tan suntuoso como escaso.

—Quédate un poco más —pidió ella apasionadamente—. Estoy tan sola...

—Tu marido —dijo él.

—Soy viuda.

—Pobre hombre.

—Y tú, muy afortunado, Geo.

—Sí, eso es lo que estoy viendo.

Daisy era la tentación en persona. Resultaba difícil resistirse a sus encantos.

Pero cuando ya estaba a punto de sucumbir, Kelly recordó una cosa.

El sobre.

Daisy podía quedarse con el dinero, no le importaba en absoluto; pero debía ignorar que se llevaba aquellos importantes documentos que podían esclarecer, tal vez las causas de las tentativas de secuestro de Sheila.

—Viene alguien —dijo de pronto, fingiendo alarma.

Daisy volvió la cabeza. Cuando quiso darse cuenta, Kelly se disponía a saltar ya por la ventana.

—Te llamaré mañana —prometió.

—No lo olvides —pidió Daisy ávidamente.

—¿Qué dirás a tu hermano del dinero?

Daisy sonrió.

—¿Qué voy a decirle? Entró un ladrón... y se lo llevó, eso es todo —contestó.

CAPÍTULO XII

—Conover.

—Sí, diga.

—Me conoce, ¿verdad?

—¿Qué quiere de mí?

—Una orden. Tome nota.

—Sí, señor.

Con el teléfono junto a la oreja, Kelly sonrió ladinamente, mientras acariciaba con la mano el lomo del feliz y ronroneante «Sócrates».

—Hora, las doce y cuarto de la noche —dijo—. Lugar, Killicoe Place. Espere instrucciones a veintidós pasos al sur de la fuente ornamental.

—Sí, señor.

—Repita mi orden, Conover.

Conover obedeció. Satisfecho, Kelly dijo:

—Eso es todo.

Y colgó.

Acto seguido, llamó al doctor Kalavas y le dio la misma orden. Luego se preparó para el encuentro que tendría lugar aquel mismo día, poco después de la medianoche.

Pero todavía tenía que hacer otra consulta y esta de índole financiera.

El consultado era un buen amigo suyo, agente de Bolsa, llamado Raymond Stalisher.

—Te oigo y no lo creo —dijo Stalisher con cierta ironía, después de responder a la llamada de su amigo—. Eres caro de ver, Geo.

—Trabajo, simplemente, Ray —contestó el detective—. Oye, ¿puedo hacerte una consulta, aunque sea en horas intempestivas?

—Para un amigo, siempre tengo una respuesta. ¿De qué se trata?

—Unas acciones, Ray.

—Dime el nombre, por favor.

—Wallace & Sheckleton Mining Corporation.

Stalisher silbó.

—¿Tienes muchas acciones de esa compañía, Geo? —inquirió.

—Ni una sola, Ray. ¿Por qué lo preguntas?

—Se pagan a peso de oro. Es un valor en alza constante, Geo.

—Dime qué hace la W & S, por favor.

—Minas, en primer lugar, como lo indica su denominación. También tiene una rama naviera filial, por medio de la cual transporta sus productos, además de intereses en ferrocarriles y en una compañía aérea.

—En resumen, una buena inversión.

—Las acciones de esa compañía se pagan ahora, si se encuentran, claro, a ciento veinte sobre el valor nominal.

—¿Lo que significa...?

—Son acciones de mil dólares nominales. Cada acción, en bolsa, vale dos mil doscientos, si te la venden, claro.

—Entiendo. Ray, para esto de los negocios yo soy una nulidad.

—¿Quieres que te gestione la compra de alguna de esas acciones?

—No, gracias; era una simple consulta informativa. Pero, ¿qué pasaría si alguien fuese poseedor de; mil de esas acciones... y quisiera venderlas?

—Tendría que endosarlas, claro.

—Firmarlas por algún sitio, quieres decir.

—Sí, justamente.

—¿Estampilla?

—Según los estatutos de la W & S, la firma debe ser personal.

—Gracias, eso es todo, Ray. Oye, tengo un reloj viejo... Era de mi abuelo y está chapado en oro... ¿Quieres encargarte de vendérmelo?

—¡Vete al diablo! —bufó el agente de bolsa, mientras Kelly soltaba una alegre carcajada.

Pero luego, una vez que hubo cortado la comunicación, se quedó sumamente preocupado.

Tenía motivos para ello. Sheila era propietaria de mil acciones de la W & S... y no lo sabía.

¿Y... dónde estaban esas acciones?

* * *

Sonó el timbre del teléfono. Sheila estaba en su tocador y acudió a la sala.

—¿Quién es?

—Hola, guapa —sonó la voz del detective—. ¿Cómo se encuentra?

—Estupendamente, Geo. ¿Algo de nuevo?

—Sí. Tengo que decirle una cosa importante, Sheila... pero no me atrevo a hablar por teléfono.

—Comprendo. En ese caso, dígame qué debo hacer, Geo.

—A las nueve pasará un buen amigo a recogerla. Obedezca estrictamente todas sus indicaciones.

—Sí, Geo.

—Mi amigo llevará una flor roja en el ojal de la solapa. Usa un coche gris, matrícula VR-78802.

—Entendido. ¿Nada más?

—No, eso es todo, Sheila. Nos veremos más tarde.

—Sí, Geo. Recuerdos a «Sócrates».

—¿«Sócrates»? Ah, claro, lo había olvidado. Se lo diré cuando lo vea. Adiós, Sheila.

La joven colgó el teléfono y se quedó extrañada durante unos instantes. ¿Por qué había pronunciado Geo aquella frase: «Se lo diré...»? Bueno, no

tenía importancia; Geo debía de ser de aquellos tipos que, cuando estaban a solas, dirigían unas palabras a sus gatos... o perros o al animal doméstico que tuvieran en casa.

Geo, no cabía la menor duda, además de un magnífico detective, era un tipo con un estupendo sentido del humor.

Al otro lado de la línea, una mano dejó el teléfono sobre la horquilla.

—¿Has oído, Knork?

—Sí, señor. Nueve en punto, una flor roja en la solapa y el coche gris.

—Exactamente. Te lo doy hecho, no falles.

—No habrá fallos, se lo aseguro, señor.

El hombre que estaba tras la mesa, se levantó y caminó hacia un piano de cola situado en el otro extremo de la estancia. Sus dedos recorrieron ágilmente el teclado, improvisando unos arpeggios.

—Knork —dijo de pronto.

—¿Señor?

—¿Has reservado mi localidad para pasado mañana?

—Sí, señor.

—Viene la Sinfónica de Filadelfia. La he oído muchas veces, pero en esta ocasión presenta un programa casi completamente nuevo. No quisiera perdérmelo.

—Pude conseguir una butaca de la fila dos, señor.

—Magnífico, Knork, magnífico —dijo «El Ojo».

Y continuó tocando el piano con el arte de un consumado maestro.

* * *

Geo Kelly llegó a las inmediaciones de Killicoe Place y estudió el panorama durante unos minutos.

Era un recinto ajardinado, situado en uno de los extremos de la población, tranquilo y poco frecuentado por el tráfico. En el centro había una fuente decorativa, instalada cincuenta años antes, representando a una diosa griega con, un ánfora en las manos, de la cual caía el agua a un estanque circular.

Había árboles, setos con flores, y trozos con césped, y también bancos. Por el día era un remanso de paz y tranquilidad, donde jugaban los niños y las personas de edad, en los bancos, contemplaban apaciblemente el paso de las horas.

Kelly se buscó un sitio adecuado. Consultó su reloj: todavía faltaban veinte minutos para la hora señalada.

Prefería esperar en esta ocasión; así eliminaba posibles riesgos por una llegada demasiado justa de tiempo.

El punto elegido estaba completamente en sombras. Los edificios cercanos se hallaban a más de cincuenta metros de distancia.

Varias farolas de hierro forjado ponían una nota de encanto romántico

a la glorieta... pero su iluminación era más bien escasa; y, a fin de cuentas, esto era lo que buscaba el detective.

Armándose de paciencia, se dispuso a esperar.

* * *

A las nueve menos un minuto, Sheila estaba ya en el quicio de la puerta de su casa.

Sesenta segundos más tarde, un automóvil gris se detuvo ante el edificio. Sheila cruzó la acera y se aproximó el vehículo.

Dirigió una mirada al interior; sí, el conductor llevaba una flor roja en el ojal. La matrícula, naturalmente, era la misma que Geo le había señalado por teléfono.

El conductor estiró el brazo derecho y abrió la portezuela trasera.

—Entre, señorita Pinkerton —invitó—. Geo se reunirá con usted más tarde...

—De acuerdo.

Sheila se, sentó en el asiento posterior. El coche arrancó de inmediato.

Durante unos minutos, todo se desarrolló normalmente. El conductor era un sujeto hermético, que no despagaba los labios en absoluto. De pronto, Sheila creyó ver algo conocido en su, silueta, pese a que lo miraba de espaldas.

Una poco agradable sospecha se infiltró en su cerebro insidiosamente. Geo imitaba muy bien las voces de otros personajes... pero, ¿era acaso el único en el mundo que poseía tal habilidad?

De pronto, vio que se levantaba ante ella un muro de vidrio que aislaba su departamento del delantero. Una nube de gas brotó en el acto de una serie de orificios dispuestos en el techo.

Sheila se abalanzó hacia la portezuela y forcejeó para abrir. Empeño inútil; la cerradura estaba bloqueada.

Trató de contener la respiración. Pero inexorablemente hubo de llegar el momento en que el gas narcótico entró en sus pulmones.

Un minuto después, yacía sin sentido en el asiento del coche conducido por Knork.

* * *

El hombre detuvo su automóvil a lo lejos, se apeó y caminó tranquilamente hacia Killicoe Place. Llegó hasta la fuente, la contempló durante algunos segundos y luego, girando en redondo, empezó a caminar.

Conover seguía la dirección sur. Contó veintidós pasos y esperó.

Otro hombre apareció en la glorieta por el lado opuesto. El doctor Kalavas miró a derecha e izquierda sin divisar nada sospechoso y repitió la misma operación que Conover.

Los dos hombres se reunieron en el mismo sitio y se miraron con cierta sorpresa y no poco de recelo. Pero ninguno de los dos hizo el menor ademán para saludar al otro.

Conover empezó a impacientarse. ¿Para qué les había citado «El Ojo» en aquel lugar?

Kalavas consultó su reloj. Pasaban ya algunos segundos de la hora. ¿Por qué no aparecía «El Ojo» en el lugar de la cita?

CAPÍTULO XIII

Transcurrió un minuto. Conover empezó a ponerse nervioso.

—¿Esperan a alguien, caballeros? —sonó una voz en un arriate cercano —. No, no se muevan, por favor; les estoy apuntando con una pistola y dispararé si hacen un gesto sospechoso.

Conover y el médico se quedaron helados de asombro. Kelly emitió una casi silenciosa risita y continuó:

—Conover, ¿qué hizo usted del testamento del abuelo de Sheila Pinkerton? Y usted, doctor Kalavas, ¿por qué trataba de convencer a esa chica de que era una enferma incurable o poco menos?

—¿Qui... quién es usted? —preguntó el galeno.

—Eso importa poco ahora —dijo Kelly—. Lo que importa son las mil acciones de la Wallace & Sheckle— ton, cuyo valor hoy, calculando por lo bajo, supera de largo los dos millones de dólares. ¿Dónde están esas acciones, Conover?

—No... no sé de qué me está... hablando... —tartamudeó el aludido.

—¿De veras? Entonces, tampoco sabe nada de la orden que recibió noches atrás para colisionar con el coche de su hermano.

—¿Qué está diciendo usted? —barbotó el médico.

—Doctor Kalavas, usted no es que no sea médico, sino que usa un nombre y un apellido que no le corresponden. Su nombre y apellido auténticos son Peter Conover... y se alió con su hermano para conseguir esos dos millones de dólares.

Hubo una pausa de silencio.

Kelly continuó:

—Conover, Kalavas... En la fonética inglesa, los dos nombres suenan de una forma bastante parecida, aunque no idéntica del todo. Sin embargo, su grafía es lo suficientemente distinta como para confundir a la gente. Conover, ¿ha denunciado usted el robo del testamento del abuelo de Sheila Pinkerton?

—¡Fue usted! —rugió el aludido, fuera de sí.

—No lo niego, aunque no lo hice solo, ya que colaboró conmigo una encantadora dama, Daisy Conover... bueno, era Conover antes de casarse. ¿La conocen ustedes?

—¡Traidora!

Kelly se echó a reír.

—Daisy es una mujer encantadora —dijo—. Después del robo, volvimos a vernos en... bueno, no importa. Me hizo algunas confidencias y así llegué a saber que tenía un hermano médico. Y también un hermano que se portaba con ella de un modo repugnantemente avariento.

—¡Es una: manirrota! —protestó Conover—. Derrochó su capital y...

—Eso es accidental, ahora —dijo Kelly—. Lo que importa es la acción que ambos entablaron contra Sheila Pinkerton. Usted, Greg, como amigo de Bradford, el abogado de Sheila, consiguió hacerse con el testamento del abuelo, antes de que ella, al cumplir los veintiún años, tuviera conocimiento de sus cláusulas, según estaba dispuesto así en dicho testamento.

»Pero el testamento —prosiguió el detective—, también disponía otra cosa: la transmisión de las mil acciones de la W & S, que pertenecen a Sheila y... ¿Saben que la W & S ha pagado este año un dividendo del ocho y medio por ciento neto? Esas acciones, en solo un año, han producido ciento setenta mil dólares... y se cotizan a más del doble de su valor nominal.

»El doctor Kalavas, expulsado del Colegio Médico de San Diego por inmoralidades, vino aquí y se estableció bajo falso nombre... para continuar con sus prácticas delictivas. Por eso, usted, Conover, recomendó a Sheila visitase a su hermano, poniéndose previamente de acuerdo con este para iniciar un tratamiento que si en un principio era inofensivo, como no surtía efectos tampoco, habría acabado por ponerla en sus manos y terminar por enfermarla seriamente. Entonces, debilitada la voluntad de Sheila, habrían conseguido que les firmase el endoso de las acciones... pero lo que sucede es que las acciones no aparecen por ninguna parte. ¿Dónde están, Greg Conover?

Silencio.

Los dos hermanos callaban.

—¿No quieren hablar? —preguntó Kelly.

—Greg —dijo de pronto el médico—, tenemos que solucionar este asunto como sea.

—No olviden que les estoy apuntando con un arma —advirtió el detective—. Y... ¿qué me dicen de «El Ojo»? Los tiene a su merced, ¿verdad? ¿Extorsión?

Los hermanos guardaron silencio.

—Acerté —dijo—. Quizá sus negocios no eran tan limpios como parecían, Conover... y en cuanto a usted, doctor, el cambio de nombre y el traslado desde San Diego, por lo visto, no significaron gran cosa. «El Ojo» lo sabía, ¿verdad?

La actitud de los Conover era claramente confirmatoria de que el detective había acertado.

—¿Dónde están las acciones de Sheila Pinkerton?

—Me las robaron... de mi despacho —gimió Greg Conover.

Kelly respingó.

—¿Es cierto eso?

—Sí. No sé cómo sucedió, pero...

Greg Conover se tambaleó de pronto. Horrorizado, Kelly vio que había

aparecido un agujerito en el centro de su frente.

—¡Al suelo, Kalavas! —gritó.

El disparo no se había oído. Kelly comprendió que el tirador empleaba el mismo procedimiento que con Betty Seymour.

Kelly se tendió en el suelo cuan largo era. Kalavas vaciló, irresoluto. Su hermano se derrumbaba ya al suelo.

El cuerpo del médico se estremeció horriblemente. Un grito ronco se escapó de sus labios.

Kalavas cayó de rodillas. Un segundo proyectil le atravesó el pómulo izquierdo con horrible chasquido. Su cabeza osciló violentamente a derecha e izquierda y luego acabó por caer de costado al suelo.

Segundos después, Kelly oyó a lo lejos el rugido de un automóvil que se alejaba a toda velocidad.

El detective se puso en pie de un salto. Imposible perseguir al asesino, cuyo vehículo, además, llevaba las luces apagadas.

Con gesto melancólico, contempló los dos cuerpos caídos en tierra.

Una vez más, el misterioso criminal se había salido con la suya.

* * *

—No, nadie conoce al tipo de la fotografía —dijo malhumoradamente el capitán Byss—. Y, oye una cosa, Geo; no vuelvas a repetir lo de anoche. Te costará caro, ¿comprendes?

—Yo solo trataba de probar la relación de los Cono— ver con el asesino.

—¿Lo conocían?

—Pues...

—Lo conocían, sí —afirmó Byss—. Y el asesino se los quitó de en medio para evitar... incomodidades.

—Exactamente, Chuck.

—Pero, ¿qué me dices de los otros? Bedd, Chatham y la Seymour.

—En el fondo de todo, hay solo una cosa, Chuck.

—Dinero, claro —bufó el policía.

—Y extorsión.

—Todo eso está muy bien, pero no sabemos quién es el asesino, Geo.

—Calina, calma, Chuck. Pronto lo averiguaré.

—¿Tienes alguna idea?

—Tengo la idea siguiente: yo tendí el lazo a los hermanos Conover. ¿Cómo lo supo el asesino?

Byss calló un momento.

—No tengo la menor idea —dijo a poco.

—Pues yo... —Kelly vaciló un instante—. Antes de hacer nada, probaré...

—¿Qué? —preguntó el policía ávidamente.

Kelly se echó a reír.

—Te lo diré luego, cuando haya terminado. —Y sin más, colgó el teléfono y se dispuso a poner en práctica la idea que se le había ocurrido.

Sheila Pinkerton abrió los ojos y durante unos momentos se sintió torpe, envarada, como ausente de la realidad. Le parecía que se hallaba flotando sobre nubes, pero pronto se dio cuenta de que estaba tendida sobre un lecho.

Hizo un esfuerzo y se sentó, apoyándose en ambas manos. Estaba vestida, tal como al salir de casa. Pero la habitación le resultaba completamente desconocida.

El decorado era elegante, pero sencillo. Había una ventana y al mirarla con detenimiento, vio que estaba enrejada.

La puerta aparecía cerrada. Sheila creyó oír a lo lejos una música, aunque no logró identificar la pieza por el momento.

Le habían tendido una trampa, ahora ya estaba claro. Los efectos del narcótico se disipaban rápidamente, aunque persistía el mal gusto de boca.

Se levantó. Las piernas le flaquearon un momento, pero se rehízo enseguida.

De pronto se abrió la puerta. Un hombre apareció en el umbral con una bandeja en la mano.

Knork sonrió.

—¿Se encuentra mejor? —preguntó amablemente—. Esto la ayudará a reponerse por completo, señorita Pinkerton.

—Me repondría mucho mejor, si me dejaran salir de aquí —dijo Sheila fríamente.

—Lo siento, señorita; lo que pide usted es completamente imposible.

Knork dejó la bandeja sobre una mesita. Sheila se dio cuenta de que la música sonaba con mayor intensidad.

Era un piano, manejado con indudable maestría. Sheila arqueó las cejas.

—Esa pieza la conozco yo —exclamó, sin poder contenerse—. Es *La catedral sumergida*, de Debussy.

—Tiene usted un oído magnífico, señorita —admitió Knork sonriendo.

—Sí, sé que había una persona que silbaba continuamente el tema central —murmuró Sheila—. En estos momentos no recuerdo... pero a usted sí le recuerdo.

—Que yo sepa, es la primera vez que nos vemos —mintió el esbirro.

—Se equivoca, amiguito —contradijo Sheila—. Le he visto a usted en fotografía. ¿O ya no se acuerda de los destellos de los *flashes* cuando entró en mi casa?

Knork se quedó helado.

—¿Es cierto? —preguntó.

—Rigurosamente auténtico —confirmó ella.

Knork guardó silencio unos instantes. Luego, de repente, sin más, giró sobre sus talones y salió de la estancia.

Sheila corrió hacia la puerta, pero llegó tarde. La llave giró en su cerradura dos veces, indicando con su inequívoco sonido cuál era la situación en que se hallaba.

CAPÍTULO XIV

Las oficinas se hallaban desiertas.

Caminando como un fantasma, Kelly llegó hasta un despacho que ya conocía y encendió la lámpara de sobremesa.

El silencio era absoluto. Faltaban todavía dos horas para el amanecer y la ciudad dormía apaciblemente.

Kelly se acercó a la mesa y la estudió detenidamente durante unos momentos. Al cabo de un rato, se dedicó a examinar los dos teléfonos que había allí y el interés— fono.

Todo parecía en orden. Examinó los cajones uno por uno, sin encontrar nada de lo que buscaba.

—¿Me habré equivocado? —se preguntó.

Sobre la mesa había una pesada escribanía de plata con dos tinteros de estilo antiguo, artísticamente trabajados. Los tinteros, estimó Kelly, eran su último recurso.

Levantó la tapa de uno de ellos sin encontrar nada. El otro estaba igualmente vacío.

El conjunto de la escribanía era una plataforma, sostenida por cuatro garras de león. Kelly levantó la escribanía y sonrió.

La plataforma era bastante gruesa, lo suficiente para esconder en su interior un altavoz de cuatro pulgadas.

Dejó la escribanía volcada y pasó al despacho contiguo. Una vez allí, sacó del bolsillo un pequeño receptor de radio y lo puso en funcionamiento.

La música se oyó en el acto. Kelly conectó el interés— fono y volvió al primer despacho.

Los sonidos llegaban nítidamente a través del altavoz. Regresó nuevamente al otro despacho y cerró el interfono.

De nuevo invirtió sus pasos. La música seguía llegando al altavoz de la escribanía.

—No cabe la menor duda; hay micrófonos ocultos en el otro despacho —se dijo.

Prácticamente, tenía ya las pruebas en su poder. Ahora solo le faltaba una cosa: atrapar al criminal.

—Lo más sencillo —murmuró con sarcasmo.

Ciertamente, Kelly tenía razón: atrapar al criminal, aun conociendo, como ya conocía su nombre, no iba a resultar nada sencillo.

La puerta se abrió y Knork apareció en el umbral.

—Salga —ordenó lacónicamente.

Sheila le miró con fijeza durante algunos segundos.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Salga y lo verá.

La joven reflexionó unos instantes. ¿Pensaban asesinarla?

—Está bien —accedió al cabo.

Avanzó unos pasos. De pronto, con gesto completamente inesperado, saltó a un lado y agarró una silla.

—¡Eh! —gritó Knork—. ¿Qué es lo que piensa hacer?

Sheila cargó contra el esbirro. Poco práctica, sin embargo, perdió la silla a las primeras de cambio.

—Estese quieta o tendrá que lamentarlo —refunfuñe Knork, de mal talante.

Ella fingió obedecer. Súbitamente, alargó ambas manos y arañó con todas sus fuerzas.

Knork chilló de dolor, sorprendido por el inesperado ataque. Sheila, al mismo tiempo, le pateó las espinillas con todas sus fuerzas.

La acción de la muchacha halló a Knork completamente desprevenido. Sheila continuó arañándole y pateándole hasta que, al fin, pudo encontrar la ocasión propicia y le empujó con todas sus fuerzas, derribándole de espaldas.

Saltó por encima de él y echó a correr. Desconocía el lugar y vaciló un momento.

—Será mejor que se esté quieta, Sheila —sonó de repente una voz a sus espaldas—. La estoy apuntando con una pistola.

La joven se estremeció. Lentamente, giró en redondo y se enfrentó con un individuo al... que ella conocía de sobras.

—¡Usted! —exclamó.

—Yo mismo —contestó el hombre con la sonrisa en los labios. Movié la mano derecha—. Tenga la bondad de venir, por favor.

Sheila vaciló unos momentos, pero, al fin, comprendió que no podía hacer nada contra la amenaza que representaba el arma encarada a su cuerpo.

—Me rindo —dijo.

El hombre sonrió.

—Esa es una actitud mucho más sensata —elogió—. Pase, por favor.

Sheila entró en el cuarto de trabajo, amplio, bien amueblado, con un piano de cola en un rincón.

Sobre la mesa divisó una serie de documentos que le resultaron desconocidos.

—Tiene que poner mil veces su nombre —dijo el sujeto.

—¿Estoy castigada, como en el colegio? —preguntó ella irónicamente.

—No, ciertamente. Pero... acérquese, por favor.

Sheila se aproximó a la mesa. Knork, a sus espaldas, quedó en el umbral, enjugándose la sangre de la cara con un pañuelo.

—Lea este documento —invitó el dueño de la casa.

Sheila obedeció. El pasmo se reflejó en sus ojos al terminar la lectura.

—Pero... ¿por qué le tengo yo que vender estas acciones? —exclamó.

—Porque son tuyas y las quiero para mí y porque, hablando claramente, valen bastante más de dos millones de dólares. Tiene que endosarlas a mi nombre, para lo cual debe firmarlas una por una.

—El documento de venta es falso —protestó ella—. Yo no voy a percibir un solo centavo.

—A cambio, vivirá.

El tono de la voz de su interlocutor era harto ominoso para que Sheila comprendiese lo triste de su situación.

—Pero no entiendo... —dijo—. ¿De dónde ha sacado usted que estas acciones eran mías?

—Usted tuvo un abuelo. Las compró cuando se fundó la Wallace & Sheckleton. Se las dejó en herencia a usted, con la cláusula testamentaria de que no podría entrar en posesión de ellas hasta que cumpliese los veintinueve años de edad.

—Me siento aturdida. El abuelo nunca me habló para nada de esas acciones.

—Era un tipo raro, creo.

Sheila asintió. De súbito se le ocurrió una idea.

—Usted dice que me matará si no firmo —exclamó.

—Sí —confirmó impasible su interlocutor.

—Pero si firmo, me matará igual.

—Está el documento de venta. Ello invalidará cualquier reclamación posterior.

—Entonces, me dejará ir libre si firmo.

—Sí.

—Y si no firmo, usted no puede entrar en posesión de las acciones.

—Es lógico, Sheila.

La joven se cruzó de brazos.

—No firmaré —dijo resueltamente.

—¿Tiene ganas de morir?

Sheila rio con fuerza.

—Una firma se puede falsificar. Trate usted de falsificar mi firma mil veces seguidas, granuja.

El hombre se quedó parado un momento. Luego movió la mano:

—Acércate, Knork —ordenó—. Vamos a convencer a esta testaruda de la conveniencia de firmar las acciones. —Miró a la chica con expresión de dureza—. Antes de que hayan pasado cinco minutos, pedirá a gritos una pluma.

Knork se guardó el pañuelo en el bolsillo. Paso a paso, avanzó hacia la muchacha.

Sheila retrocedió hasta chocar contra la pared. Su ánimo empezó a

flaquear.

Las manos de Knork se levantaron hacia el cuello de Sheila. Pero no llegaron a tocarla siquiera.

—Mucho me ha costado dar con usted, señor Stanton, pero al fin le he encontrado —dijo alguien en aquel preciso, instante.

CAPÍTULO XV

Knork se quedó rígido, con las manos extendidas aún hacia Sheila. La chica aprovechó la ocasión y se deslizó por debajo del esbirro, escapando de él antes de que tuviera tiempo de sujetarla.

Stanton se volvió rápidamente hacia la puerta. Una pistola llameó y el proyectil hizo saltar la que el dueño de la casa, tenía en su mano derecha.

—Practico el tiro al blanco con regularidad —sonrió Kelly—. ¿Qué tal, Sheila?

—¡Uf! —dijo ella, aliviada por la presencia del— detective.

Kelly sonrió.

—Apártese, por favor —dijo.

Sheila obedeció. Kelly y Stanton quedaron cara a cara.

—Parece que, he llegado a tiempo —observó Kelly—. Sheila, ¿firmó el endoso?

—No. Las acciones siguen siendo más.

—La felicito. Es usted una mujer muy rica.

—Gracias a usted, Geo.

—¿Cómo vino a parar aquí? —preguntó el detective.

—Creí que era usted, pero alguien imitó su voz —explicó ella.

—Sí, ahora se ve claro. ¿Lo hizo usted, Stanton?

El aludido guardó silencio. Con el rabillo del ojo, Kelly observó que Knork empezaba a moverse.

—Siga dónde está o le abriré un ojal en la barriga —amenazó.

Knork se inmovilizó en el acto. Kelly sonrió.

—Así está mejor —dijo—. Stanton, ¿qué le pasaba a usted con Bedd?

El asesino continuaba guardando silencio.

—Le hacía chantaje —siguió Kelly—. ¿Se negó a continuar pagando?

—Admitámoslo —contestó Stanton lacónicamente.

—Los libros de Bedd están amañados. Robó a su empresa hasta que se dio cuenta de que no podría seguir adelante. Entonces se negó a pagarle a usted.

—Sí.

—Y ordenó a Chatham que le diese muerte.

—Sí.

—¿Cómo pudo presionar a Chatham?

—Tenía un cheque falsificado por valor de cien mil dólares.

—¿Falsificado por Chatham?

—Sí.

—Eso explica que le obedeciera. ¿Qué me dice de Betty Seymour?

—Ese no era su nombre. Asesinó a su esposo en Chicago. Tenía pendiente una condena perpetua.

—Comprendo. El temor la obligaba a obedecerle.

—Justamente.

—Stanton, se tomó usted mucho trabajo para investigar las vidas de ciertas personas —observó Kelly.

—De nada sirve negarlo —contestó fríamente.

—Y tenía una conexión en el despacho de Conover.

—Ha examinado la escribanía de plata —dijo Stanton.

—Por eso estoy aquí. Además, tomé informes de usted. Sabía que era un pianista aficionado de mérito. Le vi jugar con el cortaplumas pero solo muy tarde recordé sus manos, largas, finas, sensitivas... de pianista claro.

—¿Usted no tiene aficiones particulares? —preguntó Stanton.

—Sí, cuando no trabajo, me gusta tumbarme en el diván y dormir —sonrió el detective.

—Pero no me ha encontrado porque recordase mi afición a tocar el piano.

—Desde luego. Yo tendí una trampa a Conover. Usted lo oyó por el altavoz de la escribanía de plata. Conover murió ignorando que era usted el hombre que lo extorsionaba, pero de haber podido hablar más tiempo con él, yo habría conseguido datos que hubiesen facilitado notablemente mi investigación. Y puesto que Kalavas estaba con él y usted sabía que ambos codiciaban las acciones de la W & S... ¿Explico el resto, Stanton?

—No, es suficiente.

—Usted se enteró de los trapicheos de Conover con Bradford, el abogado de la señorita Pinkerton. A partir de entonces, decidió apoderarse de esas acciones... y extorsionó a Conover, porque conocía muchas de sus trapisondas con el difunto Bradford. Por eso le obligó a simular el accidente del cruce de las calles Moon y Freeland. ¿Me equivoco?

—Acierta —contestó Stanton, fríamente.

—Tenía a dos tipos, Larimer y Scaly, de los cuales se servía para otros «trabajos». Como le fallaron, se los quitó de en medio.

Stanton hizo un gesto de indiferencia.

—Eran un par de estúpidos —calificó despectivamente:

—Yo creo que a usted le gusta matar. El dinero, sobre todo, pero luego disfruta viendo morir a sus víctimas. Tiene un jardín magnífico en su casa. Sheila habría sido enterrada sin publicidad y usted se habría dedicado a disfrutar de esos dos millones, más el dinero obtenido con sus extorsiones. Un bonito panorama, ¿verdad?

Un profundo silencio gravitó sobre la estancia. Al fin, Stanton lanzó un hondo suspiro.

—Es una lástima —dijo.

—Sobre todo, para usted —sonrió Kelly.

Stanton se acercó al piano y pasó una mano por el teclado.

—Tengo mucho dinero, detective —insinuó.

—Yo también. No es cosa que me apure, Stanton.

—Entonces, ¿no hay arreglo?

—No.

De nuevo se produjo otra pausa. Repentinamente, Stanton corrió hacia la ventana y la abrió de golpe.

—Usted no tirará contra un hombre desarmado —dijo burlonamente.

Afuera tableteó una pistola ametralladora.

Stanton se tambaleó, con la sorpresa pintada en sus facciones. Luego, lentamente, se curvó hacia adelante y quedó doblado sobre el antepecho.

Knork quiso aprovechar la ocasión y sacó su pistola. En la puerta de la estancia, detonó un revólver varias veces.

El esbirro chocó contra la pared y resbaló hasta quedar tendido en el suelo. Sus ojos desmesuradamente abiertos expresaban la desesperación sentida en sus últimos instantes.

El capitán Byss, seguido por un par de agentes, entró en el despacho.

—Buena labor, Geo —alabó.

Kelly sonrió. Guardó la pistola y avanzó hacia Sheila.

La muchacha estaba muy pálida.

—Casi no lo acabo de creer —dijo.

—«Sócrates» y yo nos encargaremos de convencerte de que todo ha sido realidad —contestó él, pasando un brazo en torno a su cintura.

* * *

—Conover y su hermano querían apoderarse de las acciones, pero por distintos métodos.

—Habrían acabado por someterme a su voluntad y yo hubiese firmado —dijo Sheila.

Estaba sentada en el diván de la casa de Kelly. «Sócrates» dormitaba apaciblemente en su regazo.

—Eso creo yo. Pero entonces, Stanton, que ya llevaba tiempo representando el papel de «El Ojo» —*el hombre que todo lo veía*—, se enteró del asunto y decidió comerse el pastel él solito.

—Y cuando yo aparecí por tu casa, decidiste tomar cartas en el asunto.

—Era una partida fascinante —sonrió Kelly.

—Con muchos sustos, Geo.

—Desde luego. Dime una cosa, ¿es cierto que Daisy Conover te dijo que Greg y el doctor Kalavas eran hermanos?

—Sí. Nos vimos al día siguiente. Pensé que una entrevista con ella podría resultar muy interesante.

—Oye, Geo, ¿qué tal es Daisy Conover?

—Psé, monilla. No está mal, no se puede comparar contigo.

—¡Hum!

—¿Dudas de mi palabra?

Sheila rio argentinamente.

—Prefiero pasar una esponja por ese capítulo de tu vida —dijo.

—Un capítulo brevísimo, en todo caso, aunque, eso sí, muy fructífero.

—Ella sentirá mucho ahora la muerte de sus hermanos —opinó Sheila.

—No creas. En medio de todo, los Conover dejan bastante dinero. Pero lo derrochará en cuatro días.

—Y eso, ¿nos importa?

—No, por supuesto. Oye, ¿te has dado cuenta de que a partir de ahora tendrás unos ingresos anuales de unos ciento setenta mil dólares?

—Es verdad. ¿Qué haré yo con tanto dinero, Geo? ¿Puedo pedirte que me aconsejes?

—Sheila, para las cuestiones financieras soy una catástrofe.

—No lo dirás por los honorarios que percibes por tus investigaciones —dijo ella sonriendo.

—Eso es verdad. Y a ti te cobraré el precio más alto que jamás haya cobrado a nadie.

—Dímelo, querido —pidió Sheila mimosamente.

—El precio es... eres tú.

Ella le dirigió una intensa mirada.

—Estoy dispuesta a pagar —murmuró, dejándose abrazar por el detective.

«Sócrates» saltó al suelo y arqueó el lomo. Un bufido de desdén se escapó de sus fauces. Mientras, Sheila iniciaba el pago que había de durar el resto de sus días.

F I N



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.500 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España